

clark carrados

LA CIUDAD DE ABAJO

La ciudad de abajo

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/392

I

Esta historia podría comenzar así: «Érase una vez...»

Pero quizá quede mejor diciendo: «En cierta ocasión, un... »

No, tampoco es así. Y, sin embargo, pasó.

Mejor dicho: no pasó; llegó y se quedó.

En cierta ocasión, un pescador vio caer del cielo una bola de fuego y hundirse en el mar. Se oyó un fuerte silbido, luego el clásico sonido del fuego y el agua luchando entre sí, el agua hirvió y despidió vapor durante algunos segundos y eso fue todo.

El pescador, al regresar a puerto, dio cuenta de lo que había visto. Como era época de platillos volantes, su relato mereció la atención de una docena de líneas en la cuarta página del diario local. Y ahí acabó todo.

Años después, el hijo del pescador presenció un suceso análogo. También le pasó lo mismo.

Padre e hijo se llamaban de idéntica manera: Simón Rodríguez, eran chilenos, y vivían en la isla de Pascua.

En distintas zonas del Pacífico, ocurrieron cosas parecidas en el espacio de unos treinta y cinco años. Parece ser que, en total, fueron treinta o cuarenta bolas de fuego las que cayeron del cielo y se hundieron en el mar.

No obstante, las informaciones fueron siempre rudimentarias, incompletas, fragmentadas y, en ocasiones, incoherentes. No hubo un solo testigo capaz de realizar una narración con el debido detalle y, desde luego, nadie probó sus afirmaciones con una fotografía.

En el mundo había demasiadas preocupaciones, aunque, por fortuna, ya no bélicas, para que se prestase demasiada atención a aquellas declaraciones que, por espaciadas, no presentaban ningún interés. Si alguno las recordaba todavía a los dos meses, un año más

tarde, las había olvidado por completo.

De este modo, veinte años después, como en la famosa novela de Dumas, no había ya quien tuviese la menor noticia de la caída de aquellas bolas de fuego.

En resumen, que era como si no hubiera sucedido jamás.

* **

A Horacio Gann no le agradaba demasiado el nombre que le había sido impuesto al nacer; por eso procuraba que todas sus amistades le llamasen Chico.

Algunos se lo decían en inglés, Kid, pero no se enojaba. HoracioGann era de los que sostenían la teoría de que el pavo asado, en bandeja de plata o sobre unas hojas de palma, bien limpias, claro está, siempre es pavo asado, y, naturalmente, aplicabaesa teoría a su sobrenombre.

Horacio…, perdón, Chico Gann, era D.P.O. El suyo era un buen oficio.

D.P.O. significa Detective Privado Oficializado, lo cual quiere decir que el gobierno le solía encomendar algunas misiones que no podían ser realizadas por los agentes ennómina.

Esto tenía sus ventajas y sus inconvenientes. Entre las primeras se contaban las sustanciosas gratificaciones que recibía por su labor y la ayuda, extraoficial, por supuesto, que recibía en tales casos.

Entre las desventajas se contaba la de que el gobierno, si se metía en un mal paso, no podía echarle una mano, al menos públicamente. A Horacio esto no le importaba demasiado; cuando se tienen treinta y cinco años, una figura, si no apolínea, por lo menos regular y correcta, y una salud a prueba de bomba, el optimismo suele ser la tónica dominante en una persona en semejantes condiciones.

No hacía mucho, había dado remate a una misión, con éxito mediocre, desde luego; pero también había ocurrido que aquella misión resultaba, a los críticos y sagaces ojos de Horacio, considerablemente disparatada. Sin embargo, su realización le había reportado unos sustanciosos emolumentos y, por tanto, Horacio había colgado en la puerta de su oficina un cartelito harto significativo:

VACACIONES. NOFUNCIONA

La oficina de Horacio estaba situada en el piso ciento treinta y siete de uno de los mejores edificios de la ciudad. Horacio tenía alquilados dos apartamentosjuntos, uno de los cuales empleaba exclusivamente para vivienda.

En aquellos momentos, se disponía a pasar unas vacaciones en una isla del Caribe y estaba preparando las maletas. Se había prometido a sí mismo un mes de vagancia y pensaba cumplir la palabra empeñada.

Entonces sonó el llamador.

Horacio suspendió su labor y miró hacia la puerta del dormitorio.

Al cabo de unos segundos de vacilación, se encogió de hombros y dijo:

—¡Bah, que llamen!

Continuó metiendo cosas en la maleta. La llamadase repitió.

Horacio torció el gesto.

—Tío pelma —mascullóó—. Voy a echarlo a... Atravesó el dormitorio y una salita y pasó al apartamento donde tenía la oficina. En el despacho, amplio y bien decorado, había una gran mesa.

Sobre ella se divisaba una pantalla de televisión, conectada con una cámara que le enviaba las imágenes del otro lado de la puerta.

Dio el contacto, mientras sonaba una vez más el «ding-dong» de llamada. La pantalla se iluminó.

Era televisión en colores naturales. Por eso vio que el pelo de la chica era del mismo color que la melena de un león joven. Los leones viejos tienen la melena casi negra.

Además los ojos de ella eran verdes y rasgados. En cuanto a la figura, si había que juzgar por la redondez de sus hombros desnudos, tenía que ser perfecta.

Aparentaba unos veinticuatro o veinticinco años de edad. A Horacio le pareció que estaba un poco nerviosa, pero nole extrañó; a casi todos sus visitantes, menos cuando era un funcionario del gobierno, les ocurría lo mismo.

Presionó otro botón y la puerta se deslizó silenciosamente a un

lado.

—Pase —invitó.

Hay que ser justos: si ella hubiese tenido cincuenta años y cien kilos de peso, en lugar de la mitad de ambas cosas, Horacio no la habría recibido jamás. Pero era admirador de la belleza y se dijo que bien valía la pena decirle que no personalmente.

La joven cruzó el vestíbulo y llegó al despacho.

—¿Señor Gann? —preguntó.

—El mismo, para servirle, señorita...

—Divers, Lucrecia Divers —se presentó la joven—.

Necesito hablar con usted, señor Gann.

Horacio movió la mano.

—Siéntese, por favor, señorita Divers.

La joven obedeció. El vestido era corto, a quince centímetros por encima de las rodillas, y pendía de sus hombros por unos tirantes muy delgados. En la mano izquierda, Lucrecia llevaba un bolso de tejido de plata, de gran tamaño.

—Parece ser que se encuentra de vacaciones, señor Gann —observó ella tras unos segundos de silencio.

—Estoy cerrando las maletas, puede decirse —manifestó Horacio con una sonrisa.

—Es una lástima. Me habían hablado muy bien de usted.

—Agradezco la excelente opinión de su informante, pero, si vino a encomendarme alguna misión, lamento tener que rechazarla de antemano.

—¿Sin haberme oído siquiera?

Horacio sonrió de nuevo.

—La hice entrar sólo para admirar su hermosura —dijo.

Lucrecia se sonrojó ligeramente.

—Pasaré por alto su impertinencia, pero ¿qué hubiera dicho usted si su visitante hubiese sido un hombre del gobierno?

—El gobierno sabe ya que estoy de vacaciones, por lo que esa hipotéticavisita no se habría producido.

—Seamos francos —dijo ella —. Señor Gann, usted trabaja por dinero, ¿no es eso?

—Encuéntreme una persona que trabaje por amor al arte y encabezaré una suscripción para levantarle un monumento —contestó él.

—¿Cuánto pediría usted por posponer sus vacaciones, digamos un mes? —preguntó Lucrecia.

—Nada, señorita Divers. No se puede poner precio a lo que no lo tiene.

—Parece ser que es usted tenaz.

—En mi oficio, hay que serIo.

—¿Cien mil? —apuntó ella.

Horacio respingó. Los honorarios medios acostumbrados solían ser de cinco mil «garants». Lucrecia le ofrecía de entrada veinte veces más... y daba la sensación de hablar en serio.

Hasta entonces, había estado de pie. Se sentó. —No prometo nada, pero hable—pidió. Lucrecia sonrió.

—¿Le ha tentado la oferta?

—Me ha tentado la curiosidad. La gente no anda ofreciendo así como así sumas tan elevadas, a menos que no tenga un poderoso motivo.

—Yo lo tengo, señor Gann.

—¿Cuál es ese motivo?

—Primero, dígame: ¿ha oído hablar del profesorTörsten?

Horacio hizo memoria.

—Creo que ha construido un artefacto... Sí, ahora lo recuerdo; su submarino, batiscafo o como quiera llamársele, que es algo desconocido hasta ahora en ese génerode aparatos. Todos han pecado de falta de autonomía; el único que puede desplazarse libremente en todos los sentidos, sin límites, es el del profesor Törsten.

—Eso de «sin límites» tiene una limitación, por paradójico que pueda parecer —corrigió ella.

—Bueno, yo me refería al océano. Lo mismo puede navegar a diez metros de profundidad que a diez mil, con una autonomía total y una libertad de desplazamiento absoluta, cualquiera que sea la cota negativa a que se mueva. Además está construido de tal forma que puede permanecer en inmersión hasta un año, si es preciso.

—Exactamente,señor Gann —convino Lucrecia con reposado acento—. ¿Recuerda también el nombre de dicho submarino?

Horacio alzó una ceja.

—Espere..., sí, es el «Sullawar». ¿Correcto?

—Desde luego, es el «Sullawar». Bien, ¿le gustaría hacer una

excursión en el submarino del profesor Törsten?

Horacio la miró con desconfianza.

—¿Adónde? —preguntó.

—Al fondo del mar, naturalmente.

—Claro, claro —replicó Horacio con sorna —. Un buque como el «Sullawan»no es apto para volar a Marte.

—Se equivoca —objetó ella en tono frío —. También es astronave, pero sólo recibiría ese empleo en casos extremos. El interés del «Sullawan»estriba precisamente en navegar bajo la superficie del mar.

—A mí me gusta estar encima —manifestó Horacio con una sonrisa —. En una balsa de goma, meciéndome por las olas y tomando el sol. Yeso es lo que voy a hacer dentro de...

El llamador sonó de nuevo, interrumpiéndole con brusquedad.

—Perdóneme —se excusó él. Entre dientes añadió —: ¿Es que vivimos en un mundo de analfabetos? ¿Para qué sirve, si no, el cartelito que puse en la puerta?

Abandonó el despacho. Llegó al recibidor. En aquel instante, notó una considerable elevación de la temperatura.

Hacía un calor anormal, pese a la atmósfera acondicionada del apartamiento. De modo instintivo, Horacio miró hacia la puerta y vio que estaba poniéndose al rojo vivo.

II

Horaciogiró sobresus talones y regresó corriendo al despacho.

—Quierentostarnos —gruñó.

El calor era ya perceptible en el despacho. Horacio conectó el televisor.

La joven se puso en pie de un salto. Lucrecia había palidecido de repente.

—¡Son ellos! —exclamó.

Horacio clavó los ojos en la pantalla. Dos hombres estaban en la puerta, enfocándola con unos objetos que parecían grandes cámaras cinematográficas, dotadas incluso de culatín para apoyarlas en el hombro.

Aunque no se veía nada, resultaba fácil darse cuenta de que el pretendido objetivo de la cámara no era sino un proyector de rayos calóricos, que amenazaba con fundir el metal de la puerta. Para

Horacio, resultaba un arma desconocida, pero supuso que una sola descarga bastaría para convertirles en carbón.

Los rostros de los hombres le resultaban desconocidos en absoluto. No obstante, a través de la televisión, pudo darse cuenta de que su tez era muy pálida, de un blanco enfermizo, y sus cabellos tenían un tono rubio desteñido.

Parecían albinos, se dijo, desconectando el aparato.

Miró a la muchacha. Lucrecia daba Ila sensación de estar esperando que él decidiera algo.

—Venga —indicó Horacio, saliendo de detrás de la mesa.

Lucrecia le siguió en el acto. Pasaron a la vivienda. Horacio abrió un armario y sacó de él un aparato que se colocó a la espalda. Era un helicóptero individual.

—Sólo tengo uno —dijo —. ¿Le importará colgarse de mi cuello?

—No... ¿Vamos a escapar?

—El instinto me dice que, cuando esos tipos consigan entrar aquí, tratarán de freírnos con sus artefactos. ¿Les conoce usted?

Lucrecia guardó silencio.

—Sí, los conoce —dijo Horacio por ella.

Terminó de ajustarse los atalajes del helicóptero, que era muy liviano y apenas pesaba cuarenta kilos. Las paletas, además de replegarse, eran telescópicas, lo que facilitaba la recogida del aparato y su ocultación en cualquier parte.

Una vez se hubo ajustado los arneses, salió a la terraza.

—Venga —invitó.

Ella le siguió. Los últimos pisos del rascacielos disponían de terraza con un pequeño jardín.

Horacio metió la mano en el bolsillo y sacó algo parecido a unos granos de café, que esparció por el umbral de la puerta. A continuación, alargó el brazo izquierdo y rodeó la esbelta cintura de la joven.

—Agárrese a mi cuello.

Lucrecia obedeció con naturalidad, sin remilgos.

La mano derecha del joven se movió sobre el pequeño tablero de mandos que tenía en el pecho y las paletas de la hélice empezaron a girar vertiginosamente, extendiéndose al mismo tiempo.

Cinco segundos más tarde, habían alcanzado una longitud de tres metros. El minúsculo motor del aparato hacía mover el rotar a

gran velocidad.

Los pies de la pareja perdieron el contacto con el suelo. La terraza fue empequeñeciendo rápidamente.

En aquel momento, los dos hombres de la cara pálida alcanzaban la puerta de la terraza. Dieron unos pasos y, de repente, vacilaron y cayeron al suelo.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó Lucrecia, atónita.

—Gas narcótico —contestó él—.No sé qué clase de armas se gastan, pero no quise correr el riesgo de que sus pistolas o lo que sean tengan demasiado alcance. Perdóneme un momento, por favor.

Fijó el rumbo y luego conectó un transmisor que llevaba al aparato. El giro del rotar era casi por completo silencioso; apenas se oía un silbido producido por las paletas al girar en el aire.

Una voz sonó de pronto: —¿Chico?

—El mismo, Roy —contestó Horacio —. Oye, voy a pedirte un favor.

—¿De qué se trata Chico?

—Dos tipos han entrado en mi apartamiento. Ahora están en la terraza, desmayados. Ponles a buen recaudo y averigua qué querían. Te llamaré más adelante. ¿Comprendido, Roy?

—Conforme.

Horacio cortó la comunicación. El hermoso rostro de Lucrecia estaba sólo a unos centímetros del suyo.

—Es un amigo, capitán de policía —explicó —. ¿Adónde vamos ahora? —preguntó a renglón seguido.

—A casa del profesor Törsten, naturalmente. Horacio suspiró.

—Se ha salido usted con la suya —dijo. Y agregó —: Menos mal que cuando disfrute de mis vacaciones, lo haré acompañado.

—¿De quién? —preguntó ella.

—De usted, claro. Y serán vacaciones de luna de miel.

Lucrecia enrojeció de repente. —¡Qué fresco! —se escandalizó.

—Soy joven y soltero. Usted es joven y hermosa. ¿He de explicarlelo que sigue?

—No, no soy tan torpe. Sin embargo, usted olvida una cosa…, tal vez porque la desconoce.

—¿De qué se trata? .

—Estoy prometida y voy a casarme muy pronto.

Horacio calló un momento.

—Felicidades —dijo al cabo —. Envidio a su prometido.

—Gracias —replicó ella sonriendo —. Y ahora, ¿quiere poner rumbo a casa del profesor?

—¿Dónde vive el inventor del «Sullawan»?

La ciudad desfilaba rápidamente bajo ellos. A lo lejos, se divisaba la línea azul del horizonte marino. —Siga hacia el sudeste. Y o le indicaré cuándo debe descender —repuso la muchacha.

***

Media hora más tarde, tomaron tierra en la costa. En aquel lugar, la costa era muy accidentada, con grandes acantilados que se desplomaban sobre el mar a veces hasta desde cien y más metros de altura. Una vez hubieron puesto los pies en el suelo, Lucrecia, sin una vacilación, se soltó del joven y echó a andar hacia lo que parecía ser el borde de un espantable derrumbadero.

Antes de llegar a la orilla rodeó un gran pedrusco y descendió por un sendero tallado en la roca. Horacio la seguía, movido por una irresistible curiosidad.

Descendieron cosa de cien escalones por un hueco cavado en el acantilado. Horacio se dio cuenta de que era un tubo inclinado, abierto por la naturaleza, que alguien había aprovechado para su uso particular.

Minutos más tarde, salían a una vasta plataforma, situada a unos veinte metros sobre el nivel del mar.

Un gran saliente rocoso formaba como una especie de marquesina sobre la casa erigida sobre la plataforma. Ésta, a su vez, daba a una caleta formada por dos grandes acantilados, separados entre sí por una distancia de cincuenta o sesenta metros.

El brazo de mar así formado tenía una longitud de ciento veinte metros y, hacia su final, las mandíbulas de aquella boca rocosa se estrechaban, reduciéndose de modo notable el espacio entre los acantilados. Ello hacía que las aguas de la caleta gozasen de una calma poco común.

Desde la plataforma, Horacio creyó ver una forma oscura sumergida bajo las aguas. Al pie de la explanada, había como un pequeño embarcadero, al que se accedía por una escalera zigzagueante, cuyos peldaños, al igual que los de la otra escalera,

habían sido excavados directamente en la roca.

La casa era amplia y de un solo piso. Cuando seacercaban un hombre abrió la puerta.

Tendría unos sesenta años y era de regular estatura. Sus ojos estaban provistos de unas gafas de grueso vidrio, y ello, junto con la nariz ganchuda, le confería un aspecto de búho sabio, aunque no sin cierto aire caricaturesco que arrancó una sonrisa de labios de Horacio.

—Hola, Lucrecia —saludó el individuo —. Veo que viene contigo el detective.

—Sí, profesor, pero no de muy buena gana —contestó ella. Se volvió hacia el joven—. Le presento al profesor Törsten, señor Gann.

—¿Cómo está? —saludó Horacio.

—Encantado de verle, muchacho. Pasen, por favor —invitó Törsten—. Ah, Lucrecia —se dirigió a la muchacha —, Luther no ha venido todavía.

Ella se mordió los labios. A Horacio le parecía que se sentía disgustada.

—¿Quién es Luther? —preguntó.

—Mi prometido —respondió ella.

Entraron en la casa. Törstenles condujo hasta una vasta sala, con un gran ventanal que daba a la caleta.

Una de las paredes, la situada frente al ventanal, estaba cubierta por una gran cortina gris. El mobiliario era sobrio, pero bien elegido y rabiosamente futurista, lo que no excluía la comodidad.

—Puede quitarse ese artefacto Chico —dijo el profesor.

—Conoce usted mi apodo —contestó Horacio.

—Me lo dijo... el hombre que me habló de usted.

—¿Algún pez gordo? —preguntó Horacio, mientras se soltaba los arneses del helicóptero.

—Puesto que estamos a la orilla del mar, la frase es correcta —asintió Törstencon insospechado humorismo.

Horacio dejó el helicóptero a un lado.

—Puede deducirse que tiene usted buenas amistades, profesor —comentó.

—En efecto, pero lo que voy a hacer es estrictamente particular —respondió Törsten.

—Y… ¿qué es lo que va a hacer, si puede saberse? —preguntó Horacio.

Törstenle miró fijamente.

—Alcanzar la máxima profundidad submarina jamás lograda por el hombre terrestre —respondió.

—Si mi memoria no falla, la máxima cota submarina está al sur de Guam, en las Marianas. Unos once mil metros de profundidad.

—En efecto, tiene usted buena memoria —convino Törsten—. Sin embargo, nosotros superaremos esa cota en unos mil quinientos metros más.

—Un buen chapuzón… para quien tenga ganas de dárselo, profesor.

- Nos sumergiremos a bordo del «Sullawan»

Horacio efectuó un rápido cálculo mental.

—Doce mil quinientos metros…, mil doscientas cincuenta atmósferas de presión… Una tonelada y cuarto por centímetro cuadrado —expresó.

—Justamente —respondió Törstensin inmutarse.

—¿Puede el «Sullawan»resistir semejante presión?

—Está construido para eso, Chico.

Horacio se volvió hacia la joven.

Lucrecia se había sentado en un sillón sostenido por un solo y flexible pedúnculo, que proporcionaba al mueble un ligero movimiento de mecedora, si su ocupante lo deseaba. Tenía las piernas cruzadas, las manos sobre el regazo y su esbelto seno subía y bajaba acompasadamente.

Ella comprendió el sentido de la mirada de Horacio.

—No, el profesor no está loco, señor Gann —dijo en tono tranquilo.

—Yo tampoco —contestó Horacio—. Por eso me niego a emprender ese viaje.

—¿No quiere ayudamos? —preguntó Törstencon una nota de ansiedad en la voz.

—¿Es que ya no se acuerda usted de los dos tipos que querían matamos? —añadió Lucrecia.

—Bueno, y ¿qué? ¿Me matarán si me quedo en tierra? —rezongó él.

—Después de haberle visto yo a usted, es lo más probable —afirmó la joven.

—Pero ¡no voy a vivir siempre en el fondo del mar, suponiendo que vaya con ustedes!

—Es que si viene la amenaza de muerte cesará, no sólo para usted, sino para millones de personas —le dijo el profesor.

Horacio miró a Törstende hito en hito.

—Oiga, no me venga ahora con cuentos de marcianos desembarcados para conquistar la Tierra —masculló —. Eso no se lo creen ya ni los niños de pecho.

—Por lo mismo, la amenaza es mucho mayor, ya que existe y es tan cierta y auténtica, como real es la existencia del mar al otrolado de ese ventanal.

Horacio se dio cuenta de que Törstenparecía hablar muy en serio.

Entonces recordó una frase que el profesor había pronunciado hacía unos momentos.

—Antes dijo que su deseo era alcanzar la máxima profundidad jamás lograda por hombres terrestres. ¿Acaso hay hombres no terrestres en nuestro planeta?

—Sí, Y están en el fondo del océano Pacífico —contestó el profesor Törsten, sin el menor asomo de humorismo en la voz ni en la expresión.

III

Antes de romper el silencio, Törstense acercó a su mesa de despacho y presionó un botón.

La cortina gris se descorrió, dejando ver un gran mapa del océano Pacífico. Había un punto señalado en dicho mapa, con un círculo rojo, no lejos de las islas Marianas.

—Aquí está el pozo Törsten—dijo el profesor—.Su profundidad exacta es de doce mil cuatrocientos ochenta y siete metros yesos hombres no terrestres están en el fondo de dicho pozo.

—Las depresiones submarinas de gran profundidad reciben el nombre de fosas. ¿Por qué le llama usted pozo? —quiso saber Horacio.

—Porque lo es —contestó Törsten—. Se trata de un agujero abierto en el fondo del océano, cuyos bordes se encuentran a ocho mil novecientos metros de profundidad. Más bien podría decirse que es el cráter de un volcán submarino, ya extinguido pero, dada la especial configuración de sus paredes interiores, le apliqué el nombre citado.

—Es decir, que de los bordes al fondo del pozo hay tres mil seiscientos metros.

—Sí.

—Y... ¿qué hay en el fondo de su pozo, profesor?

—La ciudad de los no terrestres.

De nuevo se produjo un momento de silencio.

—Profesor —rezongó Horacio al cabo de unos momentos —, no me gustaría que se tratase de una broma.

—A mí, en cambio,me agradaría que lo fuese. Entonces no correríamos ningún peligro...

—¿Qué peligro?

Törstenmiró a la muchacha. Horacio volvió la cabeza.

Lucrecia asintió.

—Dígaselo, profesor —indicó la joven.

—Los hombres no terrestres empiezan a subir cada día más a la superficie. Muchos se quedan; poco a poco —explicó Törsten—, van infiltrándose en los puestos de la administración y llegará el día en que ellos sean quienes nos gobiernen.

—Yentonces nos tiranizarán. —Horacio rió sin ganas.

—Usted lo ha dicho, Chico —contestó Törsten.

—Claro, claro. Y nosotros, como unos héroes de historieta, descenderemos a ese pozo, hablaremos con los jefazos de la ciudad submarina, les amenazaremos con la destrucción y... ¿qué más?

—Acaba usted de describir exactamente el plan que he ideado, Chico.

Horacio se cansó.

—Bueno, ya he oído bastantes necedades —gruñó—. Me voy.

Tomó el helicóptero y empezó a colocárselo. No pudo terminar la operación.

—Deje eso, señor Gann.

La voz de Lucrecia sonaba fría, desapasionada. Horacio la miró y vio que ella sostenía en sus manos una pistola.

—Lo siento —dijo la joven—.Ya no le podemos permitir que se vaya.

Horacio se enfrentó con Törsten.

—¿Profesor?

—Apoyo la acción de Lucrecia, aunque la deplore —respondió Törsten—. Pero usted no nos deja otra opción.

—¿Y creen que voy a ayudarles a la fuerza?

—No le queda otro remedio —dijo ella.

Horacio dejó el helicóptero en el suelo y se cruzó de brazos.

—Prueben a forzar mi voluntad —desafió. Entonces Lucrecia disparó la pistola.

Horacio escuchó un leve chasquido y, en el mismo instante, sintió un pinchazo en la parte alta del pecho.

—¿Qué diablos…? —gruñó.

Casi en el acto se sintió invadido por un sueño invencible. Notó que las piernas se le doblaban, trató de resistir, pero su voluntad no fue suficiente a tenerle en pie.

Segundos más tarde, estaba profundamente dormido.

* * *

Horacio despertó después de un tiempo que no supo calcular. Abrió los ojos y se encontró en una habitación de color verdoso azulado.

Pronto supo que el color procedía del reflejo de las aguas de la cercana caleta. Intentó sentarse, pero se notó con la cabeza torpe y envarada.

De pronto, oyó unas voces cerca de él.

Lucrecia era una de las personas que hablaba. La otra era un hombre.

Se hizo el dormido. a fin de escuchar el diálogo. El hombre parecía enojado.

—No se por que habéistraído a ese tipo. ¿Es que no nos bastábamos nosotros para llevar la expedición a un final satisfactorio?

—Si el profesor lo hubiese estimado así, no le habríamos traído hasta aquí —contestó Lucrecia—. Él es un hombre fuerte, resuelto, habituado a desenvolverse en situaciones difíciles, incapaz de

volver la cara atrás ante cualquier peligro.

—¿Me tomas por un cobarde, Lucrecia?

—Dios me libre —contestó ella —. Pero..., Luther, tú eres hombre de estudio. Él es un hombre de acción, compréndelo.

«Han contratado mis músculos», pensó Horacio, un tanto decepcionado.

—Está bien, pero conste que sigo oponiéndome —rezongó el hombre—. Si no fuese por ti, enviaría al profesor a...

—Querido —dijo Lucrecia con tono acariciante—, olvida tus rencillas personales. Piensa en el interés general, como lo hago yo también.

—Sí, pero no piensas en mí. De otra forma, ahora estaríamos en viaje de novios, en lugar de disponernos a descender a ese maldito pozo..., sin saber si podremos volver o no.

Horacio se sentó en la cama. Los efectos del narcótico se le iban pasando rápidamente. Poniéndose en pie, flexionó brazos y piernas. Las fuerzas le volvían a cada segundo que transcurría. Miró en torno suyo. La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Por la ranura le llegaban las voces de la pareja.

No podía salir por allí. Sólo le quedaba el recurso de la ventana.

Probó a abrirla. El cristal estaba muy bien encajadoen su marco. Dado el acondicionamiento interno de la atmósfera, no era necesario que se abriese la ventana.

—Yluego dirán que han venido aquí a respirar la brisa marina —masculló.

Pero el obstáculo no le arredró. Tenía medios para salvarlo.

Se palpó los bolsillos. Por fortuna, no le habían registrado. Seguro que no lo habían considerado necesario.

En el anular de la mano derecha tenía un anillo con un diamante. Se quitó el anillo y trazó un círculo en la parte baja del vidrio.

Acto seguido, sacó una ventosa provista de un asa flexible, que sujetó en la mano. Pegó la ventosa al cristal y dio un seco tirón. El vidrio se separó, dejando un hueco circular de unos sesenta centímetros. Horacio pasó a su través y se encontró en la explanada de la Casa. Caminó con suma cautela. Anochecía.

Se asomó a la ventana siguiente. Törstenescribía algo en su despacho.

A pocos pasos de distancia, divisó un aeromóvil parado. Sin duda, era el que había utilizado el prometido de Lucrecia para llegar hasta la casa.

Horacio no se lo pensó dos veces. Conocía de sobra el manejo de aquellos aparatos. Segundos más tarde, se elevaba en el aire. Cuando estaba a unos cien metros de distancio, vio que dos personas salían corriendo a la explanada. Les sacó la lengua en son de burla.

—A buenas horas me doy yo un chapuzón de doce kilómetros y medio —exclamó, muy satisfecho.

Lucrecia lanzó una exclamación.

—¡Se ha ido! —dijo, decepcionada.

—No sabes bien cuánto me alegro —contestó Luther Blay, su prometido —. Hasta le regalo el aeromóvil, con tal de no verle más.

Ella se volvió.

—Cualquiera diría que te sientes celoso de él —exclamó.

—Pues, mira —contestó Luther, riendo—, puede que no te alejes demasiado de la verdad.

—¡Oh! —exclamó Lucrecia, atónita.

* * *

Horacio aterrizó poco después en la terraza de su casa.

Descendió por la escalera; la distancia era demasiado corta para emplear el ascensor.

La puerta había sido reparada ya.

—No cabe duda de que mi amigo ha sabido obrar con prontitud —murmuró.

Se acercó a la puerta y pronunció su nombre, agregando una cifra secreta. La puerta se deslizó en silencio a un lado.

Entró en el piso. Todo signo de desorden había desaparecido.

Se dirigió al visófono y marcó un número. La cara adusta de un telefonista de la policía apareció en el acto.

—¿Con quién desea hablar, señor?

—Con el capitán Pimmer. Dígale que le llama su amigo Chico.

—Bien, señor.

Roy Pimmer se hizo visible segundos más tarde.

—Hola, Chico —saludó —. ¿Qué te cuentas?

—Eso tú, Roy. ¿Qué ha sido de la pareja de rufianes que te dejé en la terraza?

—Los tengo a buen recaudo, pero me parece que no obtendremos nada de particular —contestó el policía.

—¿Por qué?

—Alegan que sólo querían robar, Chico.

—De modo que quieren presentarse como unos vulgares "*revientapisos*".

—Eso es, Chico.

—Bueno, y ¿por qué no les das una racioncita de escopolamina para que digan la verdad?

El capitán Pimmer dejó de sonreír.

—Chico, tú sabes que no podemos hacer eso, sin mandamiento judicial, el cual no se otorga sino en casos excepcionalmente graves. Puesto que ellos aseguran ser unos simples ladrones, tendremos que conformarnos con lo que dicen.

—Ycondenarlos a una pena ligera y así, dentro de tres o cuatro meses, estarán de nuevo en la calle.

—Así ocurrirá —confirmó el policía —. Lo siento, no puedo hacer más en tu favor, salvo llamar a algún pez gordo si lo deseas.

—Déjalo, no merece la pena. Total, era un asunto que me propusieron, pero que he rechazado. Me voy de vacaciones, Roy.

—Dichoso tú —suspiró el policía. Horacio cortó la comunicación.

—Sí, me iré de vacaciones. Y ahora mis...

Se interrumpió de repente. Había un hombre a pocos pasos de distancia, apuntándole con una pistola de pavoroso aspecto.

IV

El hombre tenía las mismas características físicas que los otros dos que habían sido apresados por la policía. Horacio notó que, pese a su lividez epidérmica, parecía fuerte y bien constituido anatómicamente.

La pistola tenía una forma extraña, como nunca había visto hasta entonces. Sin embargo, los ropajes que vestía el sujeto eran corrientes.

Horacio suspiró.

—Parece ser que habré de posponer mis vacaciones —comentó sin alterarse.

—No —dijo el desconocido—. Al contrario, podrá disfrutarlas, pero bajo una condición.

—¿Que le acompañe al pozo Törsten? —sugirió el joven.

—No. Sólo necesito que hable con el capitán Pimmer.

—¿Y...?

—Retire la acusación de robo contra esos dos hombres. Así podrán ser puestos en libertad.

—Suponga que me niego —dijo Horacio.

—Entonces le mataré.

Horacio miró al desconocido. —No bromea—murmuró.

—No, no bromeo —aseguró el sujeto.

— ¿Qué clase de pistola usa usted? —preguntó Horacio, invadido por la curiosidad.

—Paraliza los centros nerviosos.

—Comprendo. El corazón se detiene y los pulmones dejan de recibir aire.

—Eso mismo. ¿Hablará con el capitán Pimmer?

Horacio enseñó las palmas de las manos y sonrió.

—¡Qué remedio! —exclamó.

Regresó junto al visófono. Al lado del aparato había una caja con cigarrillos.

—¿Me permite? —dijo, tomando uno y llevándoselo a los labios.

Sacó el encendedor y apretó el botón. Instantáneamente, se produjo un vivísimo fogonazo.

Horacio se echó a un lado. Para casos similares, el encendedor contenía una carga de magnesia, que, deflagrada, emitió durante una fracción de segundo un resplandor intolerable.

Sabiendo lo que iba a ocurrir, había cerrado los ojos. El desconocido emitió un grito ahogado y manoteó con desesperación, deslumbrado por completo.

Le parecía como si el descomunal chispazo le hubiese atravesado el cerebro de parte a parte. Antes de que pudiera rehacerse, el puño de Horacio entró en contacto con su mandíbula.

El intruso se desplomó fulminado. Horacio parpadeó.

A pesar de haber cerrado los ojos, el resplandor había

atravesado los párpados y tenía en las retinas numerosas manchas de color. Esperó unos momentos, hasta haberse recobrado del todo.

Entonces se inclinó sobre el caído y le despojó de la pistola. Luego le registró con todo cuidado.

Bajo la camisa, pendiente del cuello por una cadena de oro, llevaba un medallón de forma octogonal. El medallón tenía unos diez centímetros de lado por dos de grueso.

Horacio creyó conveniente guardarlo. La documentación de aquel sujeto era enteramente terrestre y estaba expedida a nombre de Félix Durr.

—Bah, documentos falsos —dijo, dejándolos caer al suelo, junto a su dueño.

Ya no tenía objeto continuar en la casa. Terminó de hacer las maletas y, minutos después, salía al pasillo, dispuesto a toda costa a que nada ni nadie le estropease sus vacaciones.

* * *

Una semana más tarde, Horacio, tal como se había prometido a sí mismo, estaba tendido sobre una balsa de goma, dejándose mecer suavemente por el oleaje.

En una semana, su piel había adquirido un suave tono tostado. Resultaba delicioso dejarse llevar por las olas, sin prisas, sin pensar en el mañana, sumido en la deliciosa languidez de un delicioso *dolce far niente*, que tenía intenciones de no suspender hasta dentro de tres semanas más.

Se quedó dormido. Al cabo de un rato, oyó una voz femenina de alegres tonos:

—Hola, Chico.

En el primer momento, Horacio creyó que era Magda May, una escultural rubia con la que había trabado amistad casi desde el primer día de su llegada a la isla donde pasaba sus vacaciones. Horacio no era en modo alguno insensible a los encantos del bello sexo y Magda demostraba una gran afición hacia él, demostrada con algo más que simples palabras.

Abrió los ojos y contestó: —Hola, Magda.

—No soy Magda, sino Lucrecia Divers.

Horacio se sentó en el acto en la balsa. Asida al borde con ambas

manos, Lucrecia le miraba, sonriendo de un modo hechicero.

—¡Usted! —resopló.

—La misma —contestó ella, sin dejar de sonreír.

Horacio se dio cuenta de que la joven tenía puesto un casco de forma extraña, cuya visera se hallaba levantada en aquellos momentos. Antes de que pudiera rehacerse de la sorpresa, Lucrecia arrojó sobre la balsa otro casco análogo.

—Tome —dijo —, póngaselo. Es una máscara con aire para una hora. Procure que no le entre agua por los bordes.

—Pero ¿qué…?

Lucrecia movió la mano bajo la balsa.

—Acabo de perforar su colchón —sonrió—. Si no quiere ahogarse, no tendrá otro remedio que seguirme, Chico.

—¡Que se cree usted eso! —contestó él en tono brusco —. La playa está a quinientos metros…

—Estaba. Mientras usted dormía, yo le arrastré mar adentro. ¡Mire!

Horacio volvió la cabeza. La costa era apenas una línea gris en el horizonte.

—La balsa se hunde. Póngase la máscara —insistió la muchacha.

Horacio lanzó una maldición. Se encasquetó aquella singular escafandra, justo a tiempo de hundirse en el agua.

Lucrecia tiró de uno de sus brazos. La transparencia del mar era absoluta.

Horacio distinguió a lo lejos una silueta oscura, de forma alargada. Ya no le cupo la menor duda de que se trataba del «Sullawan».

Obligado por las circunstancias, siguió a la muchacha. Era buen nadador, pero sabía que no podía cubrir los cinco o seis kilómetros que le separaban de la costa.

Momentos después, llegaban junto a una escotilla abierta en un costado del barco. Lucrecia penetró por la abertura y se volvió, haciéndole señas de que le siguiera.

Horacio cruzó la abertura. La escotilla se cerró en completo silencio.

Momentos después, sintió que el agua era expulsada. Un minuto más tarde, se encontró en una esclusa ya vacía de todo líquido.

Una luz se encendió sobre sus cabezas. Horacio se quitó la

escafandra.

Ella hizo lo mismo. En cualquier otra ocasión, Horacio hubiera admirado la espléndida silueta de la mujer, cubierta con un somero «dos piezas» de color amarillo rabioso, que contrastaba de un modo agradable con el tono tostado de su piel. Ahora no, se encontraba de muy mal humor, por más hermosa que resultase Lucrecia Divers.

—¿Y bien? —gruñó—.Ya han conseguido lo que quería...

—Un momento, por favor —cortó ella, sonriendo de manera deliciosa.

La compuerta interna se abrió. Dos hombresaparecieron al otro lado.

—Hola, Chico —saludó el profesor.

Luther Blay emitió un torvo gruñido. Tenía entrelas manos una bata de baño y avanzó hacia Lucrecia, cubriéndole el cuerpo con la prenda con un afán que no ponía empeño alguno en ocultar.

—Hola, profesor —contestó el joven. Lucrecia se ató el cinturón de su bata.

—Chico, por favor, no se lo tome a mal —rogó —.Venga, le enseñaré su camarote...

—No, ya lo haré yo —cortó Blay con hosquedad no disimulada.

Horacio lanzó un suave silbido.

—Esta expedición está condenada al fracaso

—dijo.

—¿Por qué? —preguntó Törsten.

—Hay a bordo dos hombres jóvenes y una mujer hermosa y también joven. De los primeros, uno viaja contra su voluntad y al segundo le sabe a demonios que el primero, aunque sea contra su voluntad, viaje en el «Sullawan». Si después de esto, ninguno sabe predecir el porvenir, es que es idiota de nacimiento.

Törstense quedó perplejo. No tardó en comprender el significado de las frases del joven.

—Evitaré que haya roces —aseguró —. Y en cuanto a usted, Chico, creo que pronto podrá darse cuenta de que su secuestro era necesario.

—Tendrá que hacer mucho para persuadirme de ello —contestó Horacio. Pegó una palmada en el hombro de Blay

—. Vamos, Luther.

Blay le dirigió una mirada poco amistosa. Horacio decidió de

pronto que debía tomárselo con calma y resignación, puesto que le era imposible hacer otra cosa.

El interior del submarino era amplio y espacioso.

Salvo los camarotes individuales, de los que había seis, tres a cada lado de un ancho pasillo, y los lavabos, no había nada más oculto. La sala de mandos aparecía a la vista, así como un vasto salón, que servía también como comedor y pieza para reuniones.

Había también grandes ventanales en los costados de la nave. Mientras seguía a Blay, Horacio se dijo que el profesor debía de ser un hombre muy inteligente, para haber diseñado una nave como aquélla, capaz de resistir con toda impunidad las grandes presiones de las vastas fosas del Pacífico.

Blay se detuvo ante la última puerta de la izquierda.

—Aquí es —dijo. Y advirtió —; No salga en tanto no se lo ordenen.

—¿Quién, usted? —preguntó Horacio en tono desafiante.

—¿Por qué no? Mi autoridad es idéntica a la del profesor.

—Bueno es saberlo —contestó Horaciocon sorna. Abrió la puerta y entró en el camarote. Luther Blay cerró de golpe a sus espaldas.

En el camarote no se padecían agobias de espacio.

Constaba de una cama bastante ancha, una mesa de trabajo y dos sillas, además de un armario ropero y una pequeña biblioteca, en la que Horacio sólo encontró libros de distracción.

Abrió el armario.

—Menos mal que trajeron ropa para mí —musitó.

Sólo tenía puesto el pantalón de baño. Eligió una camisa y unes pantalones cortos, amén de unas zapatillas blandas y se dispuso a esperar.

El camarote estaba dotado de un «ojo de buey» de casi un metro de diámetro. Horacio se acercó al vidrio.

A la derecha del ventanal, divisó un manómetro de profundidad con tres esferas. Una medía los metros, la otra los hectómetros; y la última, los kilómetros, a juzgar por las inscripciones que figuraban en la misma. En el momento de consultar sus indicaciones, la aguja de los hectómetros señalaba la cifra uno.

En la primera esfera, la aguja estaba en el número veinte. Así, pues, teniendo en cuenta que la esfera kilométrica estaba a cero, resultaba fácil deducir que el submarino se hallaba a una

profundidad de ciento veinte metros.

Pero la aguja de los metros se movía con relativa rapidez, avanzando de izquierda a derecha, en el sentido de lasmanecillas de un reloj. Horacio vio que pronto llegarían a los doscientos metros.

Le pareció que descendían casi en vertical. El camarote estaba ampliamente iluminado y su resplandor se proyectaba fuera, a través del ventanal.

Sin embargo, la iluminación alcanzaba a muy poca distancia del submarino. Veíanse algunos peces nadar en sus inmediaciones, pero no se podía distinguir lo que había a veinte metros de distancia.

Se preguntó cómo gobernarían aquel singular aparato cuando estuviesen a miles de metros de profundidad. Y ¿qué clase de metal, qué nuevo vidrio había empleado el profesor en el buque, capaces de resistir las fenomenales presiones de los fondos abisales?

Al cabo de un rato, aburrido, se tendió en el lecho. Antes de hacerlo, consultó el manómetro. Estaban ya a ochocientos treinta metros y la inmersión no daba señales de detenerse.

V

Varias horas más tarde, se abrió la puerta del camarote. Blay apareció en el umbral. —Salga, por favor —dijo.

Horacio se puso en pie. Consultó el manómetro. La profundidad era de dos mil trescientos cincuenta metros. La inmersión se había detenido hacía rato.

Al joven le pareció que la actitud de Blay se había dulcificado un tanto. Quizá, se dijo, Lucrecia le había hecho alguna indicación al respecto.

Blay le guió hasta el comedor. La mesa estaba ya puesta.

Lucrecia sirvió la cena. Horacio tenía un excelente apetito y no hizo remilgos a ninguno de los manjares que ella sirvió con gusto y discreción.

Cenaron los tres juntos. El profesor estaba en el puesto de mando, gobernando el submarino. Podía vérsele la cabeza y parte de los hombros desde la mesa, pero no se volvió ni una sola vez mientras comían.

Durante la cena, la conversación versó sobre temas sin

trascendencia, pese a que Horaciotrató de adquirir detalles sobre el submarino. Al terminar, Lucrecia puso café en las tazas y colocó cigarrillos sobre la mesa.

Törstenhabló por primera vez en aquel momento.

—Chico, venga aquí cuando haya terminado —dijo.

—En seguida, profesor.

Horacio terminó su café, encendió un cigarrillo y se dirigió al puesto de mando, situado a unos dos metros sobre el nivel del comedor.

Subió por una escalera de peldaños verticales. Había una batería de cuatro sillones, dos de los cuales, los centrales, se hallaban frente alpanel de mandos.

—Siéntese a mi lado, Chico —indicó Törsten.

El joven obedeció. Delante de él, unos grandes ventanales permitían ver el exterior submarino.

—Vaya enseñarle a manejar la nave —dijo el profesor —. A bordo, todos lo saben, menos usted.

—¿Lo cree conveniente?

—Sí. Vamos a estar navegando en inmersión durante muchos días y el viaje no se puede interrumpir un solo momento. Tenemos que doblar el cabo de Hornos para salir al Pacífico, ¿comprende?

Horacio silbó.

—Va a ser todo un viajecito —comentó —. ¿Por qué no lo hace por el aire? ¿No dice que este trasto es capaz de volar hasta Marte, si se precisara?

—Sólo trato de evitar la detección por radar y tener que contestar a preguntas indiscretas.

—Muy bien, en tal caso, adelante. ¿A qué velocidad navegamos, profesor?

—En estos momentos, a unos ciento ochenta kilómetros a la hora. No se nota, ¿verdad?

Una nota de orgullo latía en la voz de Törsten.

Horacio se quedó mudo de asombro. —Casi cien nudos—repitió.

La mano de Törstenseñaló el indicador de velocidad. El manómetro de profundidad estaba al lado. —Sí —convino —, casi cien nudos y a dos mil trescientos veinte metros de profundidad. Increíble, ¿no?

—Pero cierto —observó el joven —. ¿Cómo lohan conseguido?

—Para decirlo en términos llanos, repulsión del agua en torno al submarino. En otra forma, hemos creado un campo «vacío» de unos veinte centímetros de espesor que tiene la forma exacta del «Sullawan>. Entre el casco y la primera capa de agua, no hay nada, en absoluto.

— No lo entiendo muy bien, pero me hago una idea. Eso permitirá —añadió el joven—soportar las presiones que reinan a estas cotas.

—Todas las presiones, a cualquier profundidad —corroboró Törstencon orgullo.

—¿Yla propulsión?

—Simple turbina a gas. Hay una toma de agua y el líquido pasa primero a una cámara, previo un filtrado absoluto, en la que es descompuesto en sus dos elementos gaseosos primarios: hidrógeno y oxígeno. El resto es fácil de suponer.

—Sí, lo mismo que un avión a reacción. Pero —objetó Horacio —eso dejará una gran estela de burbujas de gas.

Törstensonrió.

—A esta profundidad, la estela se disipa en seguida. Claro está que, cuando navegamos a poca profundidad, empleamos una hélice, cuyas paletas están ahora replegadas en un cono hidrodinámico, a fin de no perturbar las líneas de agua del casco del submarino.

—Sí, voy comprendiendo. De todas formas, navegar a talvelocidad y a grandes profundidades entraña riesgos muy grandes. Imagínese que de pronto aparece una montaña submarina en la proa...

La mano de Törstenseñaló una gran pantalla verdosa que había en la consola.

Una línea irregular, en tonos rojizos, se movía con suavidad, a medida que el submarino avanzaba. Los entrantes y salientes de dicha línea se desplazaban de izquierda a derecha.

—Ése es el trazado del fondo submarino en el sentido de nuestra marcha —explicó el profesor—. Una montaña submarina que apareciese en nuestra ruta, sería detectada a más de diez kilómetros de distancia. La línea empezaría a subir y el piloto de turno no tendría más que maniobrar ligeramente para soslayar el obstáculo con toda facilidad. Aparte, claro está, de la detección por el radar, conectada con un timbre de alarma, para el caso de un momentáneo

descuido del piloto. Ese timbre sonaría indefectiblemente a los dos mil metros de distancia y, al paso, haría entrar en funcionamiento un piloto automático, que desviaría por sí mismo el submarino.

—Lo tiene usted todo previsto —observó Horacio con admiración —. Pero ¿qué me dice de la visibilidad a estas profundidades? A los cien metros, ya no se ve apenas nada...

Törstensonrió satisfecho.

—Ése era casi el problema más difícil y debo reconocer que yo no fui incapaz de resolverlo —confesó con humildad.

—Pero está resuelto.

—Sí. Fue Luther quien lo hizo.

El profesor apoyó la mano en un botón. En elacto, un chorro de cegadora luz brotó de un reflector situado en la proa del «Sullawar», situado sobre los ventanales de observación.

No había puntos de referencia, pero Horacio pudo darse cuenta de que podría ver los objetos a cinco y tal vez seis mil metros de distancia.

—¿Cómo lo han conseguido? —preguntó —. Ni los más potentes reflectores conseguirían...

—Bueno, ahora que está descubierto, parece tan sencillo como el huevo de Colón—rió Törsten—. Lo importante era dar con la idea, Chico.

—¿Y cuál es la idea?

—Hacer que cada molécula de agua emita su propia luz, hiriéndola, por decirIo así, con un rayo de luz cuya longitud de onda es del tamaño de esas moléculas. Naturalmente, no sólo hay agua, sino también sales: cloruro de sodio, magnesio... y muchas otras sustancias en suspensión, entre ellas metales. El proyector está compuesto por otros muchos proyectores, cada uno de los cuales emite en una longitud de onda peculiar y acomodada a la de las sustancias más comunes y abundantes disueltas en el agua marina. ¿No ve usted una infinidad de puntos luminosos que danzan delante de nosotros?

—Sí —contestó el joven.

El agua se había vuelto transparente por completo.

—Parecen el polvo que siempre flota en una estancia, cuando se le ve moverse en un rayo de sol que penetra por un orificio, conla ventana cerrada —observó.

—El comentario es muy justo —convino Törsten.

—Esas partículas que usted ve son de sustancias disueltas en el agua y para las cuales no hemos construido proyectores adecuados a su tamaño molecular. Repito que sólo funcionan los proyectores de las sustancias que más abundan en el mar, aparte del agua, claro está.

—Me deja usted pasmado, profesor —murmuró Horacio.

—Aún verá usted cosas más grandes —manifestó el científico —. Y ahora, pasemos a la primera lección.

Ésta duró una hora, durante la cual Horacio demostró ser un discípulo aprovechado.

—Como verá, el manejo de este submarino no tiene nada de difícil. Requiere tan sólo unos conocimientos básicos de cultura, cosa que se da en usted, y la práctica necesaria. Pero de aquí al pozo Törstenhabrá tiempo más que suficiente para que se convierta en un piloto avezado.

—Así lo espero, profesor. Törstenle miró y sonrió.

—¿Sigue usted enojado con nosotros por… haberle pinchado la balsa de goma? —preguntó.

—Me lo estoy tomando con calma y resignación —contestó él, sonriendo también.

—Nos costó un poco conocer su paradero y tuvimos que recurrir a ese recurso para traerlo con nosotros. No habría sido prudente saltar a tierra; ellos, seguramente, tendrían espías y nos hubiesen visto de inmediato.

—¡Ellos! —resopló Horacio —. ¿Se refiere usted a los no terrestres que habitan en la ciudad submarina?

—En efecto, Chico.

Blay llegaba en aquel momento.

—Profesor, me haré cargo del gobierno de la nave —ofreció.

Törstense puso en pie.

—Muy bien, Luther —contestó —. La primera clase ha dado fin en el día de hoy. Nuestro alumno, supongo, tendrá vivos deseos de descansar, ¿no es así, Chico?

—Más o menos —contestó Horacio.

Descendieron al comedor, desierto en aquellos momentos. Horacio supuso que Lucrecia se habría retirado a descansar.

—Espere un momento, Chico —pidió el científico. Entró en su

camarote y salió a los pocos momentos con un libro en las manos.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven, intrigado.

—Léalo, sin prisas. Puede que no le guste mucho, pero le interesará—respondió Törsten,y se retiró a su camarote.

Con el libro en las manos, Horacio se dirigió a su camarote. Cerró la puerta y se acercó al ventanal.

El manómetro continuaba señalando la misma cota. De pronto, Horacio divisó un interruptor junto al indicador de profundidad.

Presionó el botón. El océano se hizo transparente de pronto.

Entonces supo que el «Sullawar»tenía reflectores en todos los puntos estratégicos de su estructura. Pero apenas lo había encendido, sonó una voz áspera e hiriente, a través de un megáfono situado en uno de los rincones de la estancia.

—¡Apague ese reflector en seguida! Horacio obedeció en el acto.

—Cualquiera diría que Blay tiene miedo de pagar la cuenta de la luz —sonrió.

Luego se tendió en el lecho y empezó a leer el libro.

VI

Los días transcurrían con monotonía. El submarino, sin embargo, continuaba su navegación sin emerger una sola vez a la superficie, guiado por todos sus ocupantes alternativamente.

Horacio conocía ya el contenido del libro. Era una serie de fotocopias de declaraciones de testigos, que habían visto descender bolas de fuego del cielo durante un período que comenzaba cincuenta y cinco años atrás y terminaba veinte días antes de que él hubiese conocido a Lucrecia.

Al final del libro había un mapa, trazado a mano, en el cual se señalaban los posibles puntos de inmersión de las que se suponía misteriosas naves del espacio.

Todas ellas habían venido de distintos puntos del cielo, pero convergiendo sus trayectorias, como los rayos de una rueda, en un mismo punto: el denominado pozo Törsten.

Horacio adquirió la convicción de que aquellas espacionaves habían llegado a la Tierra con un fin determinado. Pero ¿por qué sus tripulantes se habían escondido en el fondo del mar, en lugar de

ocupar algún lugar de los muchos desiertos que aún quedaban en el planeta?

Debían de ser, se dijo, seres poderosos y muy inteligentes. Entonces, ¿cómo iban a luchar contra ellos, si sólo eran cuatro?

Törstenno le había dado aún la menor explicación al respecto, ni parecía posible obtener la, al menos en un plazo breve.

En cuanto a Blay, se mantenía en su misma posición, algo más amable, pero frío y distante. Lucrecia no parecía más comunicativa.

Horacio se dijo que Blay debía de haber reprendido a la muchacha.

—¡Uf, como marido, resultará un tipo inaguantable! —comentó.

Una semana más tarde, doblaron el cabo de Hornos. Al día siguiente, pasaron al Pacífico.

Horacio ya tenía su turno de pilotaje, que era de tres horas, dos veces al día, con undescanso de nueve seguidas. Era el último y relevaba a Lucrecia.

Una vez en el Pacífico, Horacio fue a ocupar su sitio en el puesto de mando.

—Nada de particular —señaló la joven.

—Gracias —contestó él, tomando asiento.Echó un rápido vistazo a los instrumentos.

—Sí, todo parece en orden.

Encendió un cigarrillo. El problema de oxígeno no existía a bordo del «Sullawar»: se limitaban a tomarlo del agua del mar; luego un sistema de válvulas especialmente diseñado expulsaba el aire viciado, manteniendo de este modo una atmósfera perfectamente limpia en el interior de la nave.

Lucrecia continuó sentada. El joven se dio cuenta de que ella parecía querer decide algo.

—¿No se va a descansar? —preguntó. Ella le miró de un modo furtivo.

—Quería hablar con usted, Chico —manifestó.

—Estoy dispuesto —contestó él—.¿De qué se trata?

Lucrecia daba la sensación de estar nerviosa.

—Luther…

La joven se calló de pronto. Mordióse los labios y, tras unos segundos de pausa, agregó:

—Olvídelo, Chico. No le he dicho nada.

Se puso en pie, para encaminarse acto seguido hacia la escalerilla.

—Lucrecia —llamó el joven de repente.

Ella detuvo su marcha en el acto, aunque no se volvió.

—Dígame, Chico.

Horacio contempló el indicador del relieve submarino durante unos instantes. Vio que todo iba bien y se levantó.

—Lucrecia —dijo acercándose a la muchacha—, ¿qué le pasa con su prometido?

—Le dije que lo olvidase, Chico. No... no le he dicho nada, eso es todo.

—Habla usted como forzada. No es sincera. ¿Por qué no expresa la verdad de una vez?

—¿Qué verdad? —preguntó Lucrecia.

—Primero, no está enamorada de Blay. Segundo, le teme.

Lucrecia calló. Sólo se oía el sibilante sonido de su respiración alterada.

—Es cierto —reconoció.

Yluego, con súbito impulso, echó a correr hacia la escalerilla.

Horacio sonrió.

—Ese tipo nome fue nunca simpático —murmuró, mientras regresaba a su puesto. Lanzó el cigarrillo a un cenicero —. Y tendré que andarme con mucho cuidado, no sea que nos juegue una mala pasada.

El profesor le relevó tres horas después. La navegación seguía con toda normalidad.

Horacio se retiró a su camarote. Cerró la puerta y esperó.

Tres horas más tarde, se levantó de la cama. Se acercó a la puerta y abrió una rendija, lo justo para poder ver el corredor en toda su extensión.

Blay salió momentos después al pasillo. Horacio frunció el ceño al darse cuenta de que la puerta que se abría era la del camarote de Lucrecia.

Pero casi en el acto vio la expresión de cólera que se reflejaba en el rostro del sujeto.

Las cosas no le habían rodado bien, dedujo. Y lo confirmó instantes después, cuando vio enrojecido todo un lado de la cara de Blay.

—¡Menuda bofetada! —comentó a media voz, riendo satisfecho.

Siguió en el mismo sitio. Minutos después, Törstenllegaba a su camarote.

Entonces, Horacio salió del suyo y se introdujo en el de Blay, contiguo al que ocupaba la muchacha.

Empezó a registrar el camarote metódicamente.

Desconfiaba de hallar algo positivo cuando, de pronto, al mirar detrás de unos libros, encontró un objeto conocido.

Examinó el medallón octogonal con toda atención.

Era idéntico al que había quitado a Durr.

Al cabo de unos minutos, volvió el medallón al mismo sitio. El suyo estaba oculto por la camisa que vestía.

Salió del camarote y se acercó al de Lucrecia, para tocar en la puerta con los nudillos. Minutos más tarde, ella apareció ante su vista.

La joven tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

Horacio lanzó una mirada hacia el corredor. Blay no podía verles desde su puesto de mando.

—Déjeme pasar —pidió —. Quiero hablarle y no tengo ganas de que nos vean.

Ella accedió, un tanto intrigada por la actitud del joven. Horacio cruzó el umbral, cerró a sus espaldas y sacó el medallón por encima de la abertura de su camisa.

—¿Conoce usted este objeto? —preguntó. Lucrecia movió la cabeza en gesto negativo.

—Es la primera vez que lo veo. ¿Qué significa? preguntó.

—Eso es lo que me gustaría saber. Se lo quité a un tipo que se llamaba Félix Durr. ¿Le suena el nombre?

—No, nunca lo escuché antes de ahora. ¿Quién es Durr?

—Un tipo que trató de suprimirme del censo de los vivos. Imagino que es un noterrestre. Pude reducirle y, al registrarle, encontré este medallón, con el que me quedé sin el menor escrúpulo. Pesa bastante —observó al concluir su explicación.

Horacio se lo quitó del cuello. Ella tomó el medallón y lo estuvo contemplando durante unos momentos.

—Aguarde un poco —dijo al cabo.

Lucrecia se volvió y sacó una potente lupa del cajón de la mesa,

con la cual estuvo observando determinadas partes del medallón.

Pasados unos momentos, le miró:

—Chico, no quisiera equivocarme, era juraríaque este medallón no es lo que aparenta —declaró.

—¿Algún aparato de comunicación? —sugirió él.

—Creo que sí, aunque ignoro su funcionamiento.

—Hace unos momentos, usted le atizó una bofetada a su prometido. ¿Por qué, Lucrecia? —preguntó él de pronto.

Ella se puso colorada.

—Prefiero callar los motivos —contestó.

—Yo me los figuro —dijo Horacio —. ¿Se ha quitado ya la máscara?

—¿A qué se refiere? —quiso saber ella.

—A todo, Lucrecia.

Hubo un momento de silencio.

—Mis sospechas se acentúan, Horacio —murmuró la joven al fin.

—Blay es uno de «ellos», ¿no?

Lucrecia movió la cabeza en gesto afirmativo. —Creo que sí — admitió.

—Así se explica —sonrió él.

—¿Qué es loque se explica? —preguntó Lucrecia, intrigada.

—Primero, elsistema de hacer transparente el agua a grandes profundidades. Es un invento no concebido en nuestro planeta.

—¿Y segundo?

—Blay tiene un medallón idéntico a éste en su camarote.

—¿Cómo lo sabe usted? Horaciosonrió.

—Ustedes me buscaron por mis habilidades detectivescas, ¿no es cierto? Pues que las usé... y encontré el medallón.

—Si supiéramos exactamente para qué sirve...

—Oh, no importa; ya lo averiguaremos. En todocaso, a mí me interesaría más saber por qué está Blay a bordo del «Sullawar».

—Es fácil de comprender; no quiere que volvamos a la superficie.

Horacioaprobó con la cabeza.

—Un razonamiento muy lógico —contestó—. Pero, como dijo no sé quién, todavía no he empezado a luchar.

Lucrecia se le acercó con un impulso repentino.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó con ansiedad en su voz.

—Bueno, soy un detective, ¿no? —replicó él—.Quédese tranquila; yo vigilaré a Blay..., lo cual no excluye que usted me cuente todo lo que vea de extraño en él.

—Así lo haré, Chico —prometió ella.

Horaciole rozó el brazo con los dedos.

—Buena muchacha —alabó —. Estuvo a punto de cometer un error, pero me alegro que haya sabido rectificar a tiempo.

Lucrecia desvió la mirada.

—Lo siento mucho —murmuró —. En efecto, había llegado a enamorarme de él...

—Debió de ser por el trato continuo —apuntó él.

—Lo que no comprendo esqué hacía usted junto al profesor.

—Era un gran amigo de mi padre. Me recogió cuando yo me quedé huérfana a los pocos años y desde entonces he vivido a su lado, como una hija.

—Comprendo —habló Horacio—. Bien, no se preocupe; pronto estaremos en situación de arrancarIe los dientes a esa víbora.

VII

El «Sullawar» continuaba navegando con rumbo a las Marianas, a una profundidad media, prácticamente invariable, de dos mil cuatrocientos a dos mil quinientos metros.

Transcurrieron tres días. Todo aparentaba normalidad a bordo de la nave.

Horaciosabía que, al cabo de tres o cuatro días, se hallarían en las cercanías de su objetivo. Una tarde, según el cómputo del tiempo exterior, Lucrecia se le acercó, sumamente agitada, aprovechando un momento en que Blay dormía en su camarote, después de su turno de guardia.

—Chico —dijo en voz baja —, he notado una cosa muy extraña en la despensa.

Horaciose alarmó.

—¡Demonios! No pretenderá envenenamos ese tipo—gruñó.

—No se trata de venenos, Chico, sino de que faltan provisiones.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó él, notablemente sorprendido.

—Esta mañana, al preparar el desayuno, saqué huevos frescos del refrigerador. Están en recipientes adecuados, en filas de a doce. Empecé uno y saqué ocho. Luego me di cuenta de que ya no quedaba ninguno.

—¿Quién hace aquí horas extraordinarias con la comida, Lucrecia?

Ella le miró fijamente.

—¿No es capaz de figurárselo, Chico? Sobrevino una pausa de silencio.

—Vuélvase a su camarote —dijo él de pronto—.

Deje que yo me encargue de solucionar ese misterio.

—Pero…

—Haga lo que le digo —cortó Horacio en tono imperativo.

Una vez que la muchacha hubo obedecido, Horacio se introdujo también en su camarote y se sentó en el lecho.

Había un polizóna bordo. ¿Cómo no se habían dado cuenta antes?, se preguntó.

Muy sencillo: el polizón no se ha movido de su escondite.

Quedaban dos camarotes vacíos. ¿En cuál de ellos estaba escondido el polizón?

La casualidadvino en su auxilio. Estaba jugueteando con su medallón cuando, de pronto, oyó una voz que sonata muy débil, como si la persona que hablaba estuviese a gran distancia.

—Félix, Félix… —dijo la voz.

Horacio miró sorprendido en torno suyo. Luego, instintivamente, levantó la voz hacia el megáfono disimulado encima de su cama.

—Habla —dijo otra voz distinta —. ¿Qué quieres, Luther?

Horaciobajó la vista. Las voces brotaban del medallón.

¿Cómo se había puesto en funcionamiento el aparato?

Su asombro subió de punto cuando vio que parte de una de las caras del medallón se había hecho transparente, convirtiéndose así en una minúscula pantalla de televisión de no más de cinco centímetros de diámetro.

La cara que veía reflejada en la pantalla era la de Félix Durr, el mismo sujeto que había intentado matarle en su apartamiento.

Durr no parecía haberse percatado de que él le veía y le oía con

toda claridad. Pero Horacio lo comprendió bien pronto: sólo había conectado el circuito de recepción de sonido e imagen, aunque no elde emisión.

—¿Necesitas algo por hoy? Hasta mañana no podré visitartede nuevo, Félix.

—No, gracias; estoy bien provisto. ¿Qué hace el detective?

—En su camarote.

—Bueno, déjale que siga ahí. ¡Para lo que le queda de vida!

La comunicación se cortó en aquel punto. Era evidente que los dos individuos no tenían que comunicarse nada más.

Con gesto pensativo, Horacio examinó su medallón, que aún seguía en sus manos. Una gruesa anilla, en su parte superior, servía para pasar la cadena que rodeaba su cuello.

Entonces, Horacio vio que el plano de la anilla, que era de forma circular, no coincidía con el del medallón, sino que formaba un ángulo de unos 15° hacia la derecha.

Movió la anilla con suavidad hacia la izquierda. La pantalla de televisión desapareció de su vista.

Horacio sonrió. Ya sabía cómo funcionaba el aparatito.

Si se movía hacia la derecha, se recibían imágenes y sonido. Haciendo girar la anilla en sentido inverso, el aparato se convertía en emisor de voz e imagen.

—Bueno es saberlo —soliloquió.

Y luego se tendió en su lecho, con las manos bajo la nuca.

Esperó un buen rato. ¿En cuál de los dos camarotes vacíos se hallaba Félix Durr?

Lucrecia ocupaba el primero de la derecha, mirando desde el puente de mando. Blay dormía en el siguiente y, el tercero del mismo lado, frente al suyo, estaba vacío.

El profesor ocupaba el camarote frontero al de Lucrecia. Seguía uno vacío y luego venía el que le habían asignado.

Al cabo de un rato, se levantó, abrió la puerta y salió al pasillo.

Blay estaba en el puente de mando. Cruzó el corredor y asió el pomo de la puerta frontera.

Abrió con gran cuidado. El camarote estaba vacío. —Bueno— murmuró —, ya sé dónde se encuentra el polizón.

Pasó de nuevo al otro lado y escuchó con atención.

Sólo se oía un levísimo rumor: el de los potentes motores del

«Sullawar», impulsando a la nave a una velocidad prácticamente constante de cien nudos horarios.

Asió el pomo y lo hizo girar despacio. El camarote estaba sumido en tinieblas. El sonido de una respiración acompasada llegó a sus oídos.

Cruzó la puerta y cerró a sus espaldas. Tanteó el marco hasta hallar el interruptor de la luz.

Cuando se disiparon las tinieblas, vio a Durr durmiendo con toda tranquilidad. El sueño del sujeto era tan profundo que aún no se había percatado de su presencia en el camarote.

Se acercó a la cama. Bajo la almohada, percibióun ligero abultamiento.

Metió la mano con gran cuidado y extrajo una pistola como la que Durr había empleado para amenazarle en la primera ocasión. No conociendo bien su manejo, se abstuvo de examinarla.

Dejó el arma sobre la mesa y abrió el armario, en el que sólo vio ropas. Luego examinó la pequeña librería de que todos los camarotes estaban provistos.

Al otro lado de los libros divisó un medallón idéntico al suyo, aunque de tamaño tres veces superior. Horacio se figuró que debía de tratarse de una emisora de alcance mucho mayor.

El medallón no tenía cadena ni anilla, pero sí una especie de botón de control en uno de sus lados. Movió el botón y casi en el acto se iluminóuna pantalla de televisión de quince centímetros.

Contra lo que esperaba, no vio el interior del submarino ni tampoco ningún rincón del mar, sino algo que le dejó por completo estupefacto.

En aquel instante, adquirió la convicción de que el profesor no había exagerado en absoluto.

—¡Dios mío! —murmuró—o ¿Es posible que…? En aquel momento oyó un ligero ruidito. Se volvió, a la vez que cerraba instintivamente la recepción de imágenes.

La voz de Durr sonó espesa, con tonos lánguidos: —Demonios, Luther, ¿no habías dicho que…?

De pronto se dio cuenta de que el hombre que estaba en el camarote no era Luther Blay y se sentó de golpe en la cama.

—¡Usted! —exclamó furioso.

Horacio sonrió, a la vez que echaba mano a la pistola.

—El mismo, polizón —contestó, apuntándole con el arma.

Hubo un momento de silencio. Los dos hombres se contemplaron de frente, mirándose en silencio durante algunos instantes.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

Durr fue el primero en hablar. Horacio sonrio: —Tengo el olfato de un sabueso—contestó.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—Supongo que al profesor le interesará conocer su presencia, Félix. Está ignorante de que el «Sullawar» lleva un polizón y se sorprenderá bastante, créame.

Durr suspiró.

—Parece que tendré que resignarme —dijo.

—Así opino yo. Tendrá que resignarse a permitir que siga con vida, en contra de sus propósitos. ¿Necesita algo de comida? Hasta mañana no podré venir a verle —remedó Horacio en tono burlón.

Los ojos de Durr se entornaron.

—Sabe utilizar mi medallón —murmuró.

—Lo he aprendido por casualidad y ello me permitió escuchar su breve diálogo con Luther. Pero ya sabía que había un polizón a bordo.

—¿Quién se lo dijo?

—La cocinera —sonrió el joven —. Simplemente, echó en falla víveres que nosotros no habíamos consumido.

—Un proceso deductivo muy elemental.

—Pero efectivo. ¿Cuáles son sus intenciones, Félix?

—No le entiendo...

—Haga el favor de no tomarme por tonto —le interrumpió Horacio —. Usted no se ha embarcado en el «Sullawar»sólo para regresar a la ciudad submarina. ¿Piensa destruir el barco?

Durr apretó los labios. Horacio supo así que su pregunta había dado en el blanco.

—Está bien—continuó Horacio—. Veremos qué dice el profesor. Será interesante conocer su reacción cuando sepa que su ayudante preferido le traiciona.

Durr saltó de la cama. Horacio retrocedió un paso, sin dejar de apuntarle con el arma.

—Vuelva atrás y siéntese —ordenó en tono perentorio —. No

tengo ganas de que me juegueuna mala pasada.

Durr obedeció. El odio latía en su mirada.

—Ahora llamaré al profesor… —empezó a decir Horacio.

Pero no pudocontinuar; con gesto rapidísimo, imprevisto, Durr le había lanzado la almohada a la cara, haciéndole trastabillar.

Horacio retrocedió un par de pasos. Durr se le arrojó encima, apartándole la pistola de un manotazo. Luego le asestó un tremendo puñetazo en el diafragma, que le dejó sin respiración.

El joven cayó de espaldas al suelo. La pistola había escapado de sus manos.

Durr se abalanzó sobre el arma. Haciendo un poderoso esfuerzo, Horacio agarró una silla por una de sus patas y la arrojó contra el individuo.

La silla alcanzó a Durr en el brazo, arrancándole un aullido de dolor. Horacio, en parte recuperado, seincorporó, justo a tiempo de recibir un feroz puñetazo que le arrojó contra la mesa.

Horacio y el mueble resbalaron hasta la pared opuesta, la que detuvo su rápido movimiento de retroceso. Durr agarró por fin la pistola.

Empezó a incorporarse. Entonces, Horacio se lanzó hacia delante, como fuera a zambullirse en una piscina.

Resbaló por el pulido pavimento. Sus manos aferraron los tobillos de Durr, haciéndole perder el equilibrio.

Durr cayó sentado y de nuevo perdió la pistola.

Soltó un pie y golpeó la sien de Horacio. El joven creyó que le estallaba la cabeza. Cuando Durr quiso patearle de nuevo, le agarró el tobillo y se lo retorció cruelmente.

Medio atontado, se abalanzó sobre el arma, Durr había tenido la misma idea y le ganó por una fracción de segundo.

La mano de Horacio aferró la muñeca de su adversario. Éste forcejeó por volver la boca del arma hacia el joven.

Era una lucha a muerte; los dos lo sabían. Ninguno habló; no podían permitirse el lujo de malgastar su aliento.

Poco a poco, la pistola se volvió hacia Horacio. Con repentino impulso, Horacio, tras ceder un tanto, retorció la muñeca de su enemigo.

El cañón del arma apuntó al pecho de Durr. —¡No! —sonó un grito sofocado.

Horacio iba a decirle que se estuviera quieto, pero ya era tarde.

Brilló un pálido relámpago y se oyó un chasquido semejante al de un distante latigazo. El cuerpo de Durr se convulsionó de manera horrible.

Sus ojos se dilataron de una forma espantosa. De súbito, sin fuerzas, cayó de espaldas, perdida la facultad de realizar el menor movimiento.

Era un arma horrible. Impotente, Horacio asistió a la rápida agonía de su enemigo, cuyo final llegó a los pocos minutos.

Se puso en pie, jadeante, envuelto en un mar de sudor. No sentía ninguna simpatía por Durr, pero le hubiese gustado que siguiera con vida. Aquella muerte no se la habría deseado al peor de sus enemigos.

Sin embargo, no sentía remordimiento. A fin de cuentas, sólo había salvado su vida; Durr sí le habría matado sin la menor compasión.

Al cabo de un rato, se sintió algo más tranquilo.

Giró sobre sus talones y se asomó al pasillo.

El submarino estaba sumido en un completo silencio. Horacio cruzó el corredor y abrió la puerta del camarote de la joven.

Al verle, Lucrecia se puso en pie de un salto. Horacio se llevó un dedo a los labios, recomendándole silencio.

Cerró la a sus espaldas. Entonces dijo:

—Ya no hay polizón a bordo sólo un cadáver. Y tenemos que deshacernos de él, Lucrecia.

VIII

En pocas palabras, Horacio hizo una sucinta narración de lo ocurrido momentos antes.

—Le aseguro que sólo trataba de defender mi vida —concluyó.

Ella asintió, muy pálida.

—Sí, Chico —murmuró —. ¿Qué haremos con el cuerpo de ese desdichado? —preguntó a continuación.

Horacio se mordió los labios.

—Tendríamos que deshacemos de él—contestó.

—Luther lo echará en falta —opinó Lucrecia.

—Pero no dirá nada, a menos que se delate a sí mismo.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—Si no encuentra a Durr, sabrá que conocemos su secreto. Temo su reacción posterior, Horacio.

—Entonces no hay más que dos soluciones: o callamos y dejamos que las cosas rueden por sí solas… o ponemos las cartas boca arriba y ahora mismo.

—No —dijo ella, estremecida de pavor —, eso no, Chico.

—Entonces… —Horacio frunció el ceño de pronto —. Lucrecia, ¿por qué terne tanto a Luther?

Ella desvió la mirada. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por favor —rogó —, no me obligue...

El joven entendió que existía un secreto entre Lucrecia y Blay, que ella se negaba a revelar. Basándose tal vez en aquel secreto, Blay presionaba a la muchacha.

«Además de rufián, chantajista», pensó.

—Bueno —dijo—, lanzaremos el cadáver por la esclusa cuando Blay esté durmiendo. ¿Me ayudará usted?

Lucrecia movió la cabeza en gesto afirmativo. Horacio se dirigió hacia la puerta.

—Yo estaré en mi camarote —anunció—. Avíseme cuando la ocasión sea propicia.

Tres horas más tarde, Horaciosintió el repiqueteo de unos nudillos en la puerta de su camarote.

Abrió. Lucrecia se hallaba en el umbral.

—Luther está durmiendo —siseó ella.

—Muy bien, andando.

Pasaron al camarote ocupado por el polizón. El cadáver se hallaba en la misma postura.

Horacio cogió el cuerpo por debajo de los brazos y lo arrastró hacia la compuerta de salida. Dejó el cadáver en la esclusa y regresó al interior.

Lucrecia manejó los mandos de cierre de la compuerta interna y de apertura de la exterior. El movimiento del submarino fue suficiente para provocar un remolino, que lanzó el cuerpo de Durr al exterior.

Cerraron la compuerta y vaciaron el agua. Era el turno de Lucrecia y ella volvió a su puesto en el puente de mando.

Horacio regresó a su camarote. Invadido por la curiosidad, conectó el reflector.

Cerró los ojos un instante. El aspecto del cuerpo de Durr, laminado literalmente por la presión que había a dos mil cuatrocientos metros de profundidad, era espantoso. Apagó el reflector casi en el acto, con un estremecimiento de horror.

Luego regresó a su lecho. Le costó bastante conciliar el sueño.

* * *

Los días siguientes transcurrieron en una curiosidad expectante. Con disimulo, Horacio observaba a Blay. Éste no dio la menor señal

de haber advertido la desaparición de Durr.

Para no hacerse sospechoso, evitó con sumo cuidado toda relación a solas con la joven. Las únicas palabras que cambiaba con Lucrecia eran a las horas de las comidas, en presencia de los demás, y siempre dentro de una estricta y distante cortesía.

Al final, llegaron a las inmediaciones de su punto de destino.

Los altavoces internos del «Sullawar»sonaron de modo inesperado:

—Todos al puesto de mando —ordenó el profesor.

Horacio salió de su camarote. Blay lo hacía en aquel momento.

Lucrecia les siguió momentos más tarde. Cuando llegaron a los ventanales de observación, pudieron darse cuenta de que el profesor tenía encendidos todos los reflectores.

La visión era tan clara y límpida como pudiera ser en la superficie y en pleno día. Horacio miró el manómetro y vio que marcaba casi nueve mil metros de profundidad.

Delante de ellos se extendía una inmensa montaña, que se elevaba casi verticalmente del fondo del mar. Un gran calamar cruzó por delante del «Sullawar»moviendo muy despacio sus grandes tentáculos, que medían más de quince metros. El aspecto de aquel monstruo de las profundidades era algo espantoso.

El submarino ganó unos centenares de metros de altura, hasta quedar a un nivel apenas superior al de la cima de la montaña submarina. Entonces, el profesor lo hizo avanzar hacia delante, a marcha reducida.

Pocos momentos después, Horacio comprendió que el nombre de pozo aplicado a aquel accidente geográfico resultaba de una merecida exactitud.

Los reflectores le permitieron ver el borde opuesto, situado a unos cinco kilómetros de distancia. En efecto, se trataba de un profundísimo pozo natural, inexplorado hasta entonces por los hombres terrestres. La negrura de aqueltubo de roca, cuyo fondo, situado a más de tres mil quinientos metros del submarino, no podía verse, constituía un espectáculo impresionante.

Törstenhizo avanzar al submarino hasta situarlo en el centro del pozo. Cortó la propulsión horizontal e inició el descenso.

La velocidad era reducida; sólo de algunos metros por segundo. Horacio efectuó un ligero cálculo mental y dedujo que tardarían

media hora en alcanzar el fondo del Pozo Törsten.

Los reflectores iluminaban con gran claridad las paredes casi verticales de aquel formidable tubo natural. Horacio se sentía ganado por una extraña emoción.

Ya conocía en parte, por la imagen televisiva que había captado en el medallón grande, cómo era la ciudad submarina. Ahora, se dijo, la conocería en persona.

Treinta minutos después, Törstensuspendió el descenso.

El manómetro señalaba la cifra de doce mil cuatrocientos metros.

—Estamos a menos de diez metros del fondo anunció el profesor, en tono satisfecho.

—Muy bien—dijo Horacio—. Y... ¿cómo vamos a entrar en la ciudad submarina?

Törstense volvió hacia Blay.

—Luhter nos lo dirá, ¿no es cierto?

El rostro de Blay se puso rígido y tenso.

—Sí, lo diré —respondió. De súbito, sacó una pistola del interior de su camisa y apuntó con ella al profesor —. Le diré cómo entrar ahí, pero no cómo salir...

Blay no pudo continuar; el filo de la mano de Horacioacababa de caer sobre su muñeca, arrancándole la pistola, que saltó por los aires.

Lucrecia gritó. Horacio disparó su puño, que pareció explotar en la mandíbula de Blay.

El sujeto se desplomó fulminado. Horacio se chupó los nudillos y sonrió:

—Tiene una quijada que parece de piedra —comentó.

Inclinándose, recogió la pistola, la cual se guardó en el cinturón.

Törstenmiraba con aire sombrío el inanimado cuerpo de Blay.

—Confiaba en él —murmuró.

—¿No sabía usted que era un habitante de la ciudad submarina? —preguntó Horacio.

—Lo había sospechado en los últimos tiempos. Su acción ha terminado de confirmar mis sospechas.

—Sólo un habitante de esa ciudad podía construir un reflector capaz de alumbrar a varios kilómetros bajo el agua —manifestó Horacio—. Bien, ya está desenmascarado; ahora el problema es

entrar en la ciudad.

Lucrecia terció en el diálogo.

—El problema estriba en salir —afirmó —. Y, otra cosa, ¿con quién entablaremos conversaciones?

—Una ciudad habitada por seres inteligentes debe tener a la fuerza algún sistema de gobierno —declaró Törsten—. Nos pondremos en contacto con los hombres que gobiernan la ciudad y…

Horacio lanzó una súbita exclamación:

—¡Miren!

Extendió el brazo hacia delante. Lucrecia avanzó el busto instintivamente.

Una enorme compuerta acababa de abrirse ante la embarcación a unos trescientos metros de distancia. Pareció como si un gran lienzo de roca girase sobre unos goznes descomunales, dejando ver la abertura de un túnel de dimensiones suficientes para contener un submarino veinte veces mayor que el «Sullawar».

Törstense dispuso a reanudar la marcha. De repente, el submarino se agitó con gran violencia.

Lucrecia rodó por el suelo, lanzando un grito de miedo. Horacio se mantuvo en pie, gracias a que se agarró con ambas manos al respaldo de uno de los sillones.

El «Sullawar» chocó contra el fondo del pozo y rebotó hacia arriba como una pelota. Aferrado con fuerza al sillón, Horacio percibió ciertos rápidos cambios en la coloración del agua, que le indicaron se trataba de unos remolinos producidos por una causa desconocida.

No era, en su opinión, la agitación del agua al irrumpir en el túnel, harto sabía que los encargados de manejar las compuertas lo harían con gran cuidado. ¿Entonces…?

De pronto, una enorme masa metálica apareció ante los ojos de los asombrados tripulantes del «Sullawar».

—Una astronave —exclamó Törsten.

Su llegada al fondo del pozo había coincidido con la arribada de una nave del espacio. El tamaño del aparato era enorme.

La astronave, de forma ovoide, medía más de setecientos metros de largo por doscientos de diámetro. Su popa rozaba casi la proa del «Sullawar».

Casi había sido un milagro, se dijo Horacio. Por unos metros tan sólo, la astronave no había aplastado al sumergible, de un tamaño infinitamente menor.

La nave del espacio avanzó muy despacio hacia el túnel. Entonces Horacio se sintió acometido por una súbita inspiración.

Pasó a uno de los asientos y empuñó los controles. —Sigámosla —exclamó.

El «Sullawar» medía unos ochenta metros de largo por diez o doce de diámetro. Comparado con la nave del espacio, parecía un pigmeo al lado de un gigante.

Lucrecia se situó detrás del joven, con las manos crispadas en el respaldo del asiento.

—Llevamos los reflectores encendidos —dijo —. ¿Cómo no se han dado cuenta de ello?

—Tal vez piensan que somos una nave de recepción —apuntó Horacio, con la proa fija en la nave delespacio.

La marcha del aparato recién llegado era muy lenta. Se advertía con claridad que su piloto maniobraba con singular cuidado, a fin de evitar accidentes.

Minutos más tarde, habían franqueado la esclusa.

La compuerta se cerró entonces a sus espaldas.

—¿Yahora? —preguntó Lucrecia.

—Esperemos —dijo el joven.

Transcurrió media hora. El submarino se agitó de pronto, aunque con menor violencia que la vez anterior.

—El nivel del agua desciende —exclamó Törstende pronto.

—Es lógico; están dejando la esclusa en seco —contestó Horacio.

—En tal caso, el «Sullawar» quedará varado en el suelo del túnel —apuntó la muchacha.

Horacio percibió de pronto un movimiento con el rabillo del ojo.

—Lucrecia, cuidado con Blay; está recobrando el sentido —advirtió.

La muchacha tomó la pistola y apuntó con ella al individuo. Mientras Horacio y Törstenseguían observando el movimiento de descenso de las aguas.

Törstendisminuyó la potencia de los reflectores.

Ahora su luz alumbraba un espacio vacío de agua.

La parte superior del «Sullawar» afloraba ya. Segundos más

tarde, el submarino tocó fondo.

Las aguas terminaron de retirarse con gran rapidez. Horacio y el profesor se miraron.

—Ha llegado el momento de desembarcar —dijo el primero.

Törstense puso en pie. —Desde luego.

Lucrecia preguntó:

—¿Y Luther?

Horacio abandonó el sillón y miró al individuo, cuya mandíbula se había hinchado después del golpe. —¿Quiere servimos de guía o prefiere que le dejemos encerrado en el submarino? —preguntó.

Blay vaciló un momento.

—Le serviré de guía —respondió al cabo.

—Muy bien —dijo Horacio —. Entonces, ¡andando!

IX

Momentos después, estaban fuera del submarino. La temperatura en la esclusa era muybaja. Horacio murmuró algo contra la imprevisión de los constructores, que no habían reparado o no habían sabido solucionar aquel detalle.

Varias escotillas del gran navío espacial se habían abierto ya. Numerosas personas de ambos sexos descendían por escaleras y ascensores. Horacio observó que no había ni un solo anciano entre los recién llegados; todos eran jóvenes y bien parecidos.

Por otra parte, los viajeros espaciales no parecieron asombrarse de su presencia.

—Están pensando que pertenecemos al comité de recepción —murmuró Horacio al oído de la muchacha.

Lucrecia asintió en silencio. Por encima de ellos, el navío espacial, elevándose a doscientos metros por encima de sus cabezas, parecía abrumarles con su enorme estructura.

Centenares de portillas iluminadas derramaban en la caverna la suficiente claridad para una visión casi perfecta. Horacio tomó la pistola de manos de la muchacha y apoyó la boca del arma en la espalda de Blay.

—Cuidado con lo que hace y lo que dice —murmuró a su oído —. No me gustaría tener que apretar el gatillo.

Blay apretó los labios, pero no dijo nada. T6rsten y Lucrecia se situaron a ambos lados de Horacio, a fin de ocultar la pistola que éste empuñaba con mano firme.

Los viajeros espaciales les dirigieron algunas curiosas miradas, aunque ninguno les habló. En cambio, sí conservaban entre ellos, en un lenguaje extraño, casi musical, de agradables inflexiones.

El pequeño grupo caminó hacia el final de la caverna, donde ya se había abierto un gran portón, por el que salía un vivo resplandor. Horacio y sus acompañantes pudieron divisar bien pronto el acceso a la ciudad submarina.

La esclusa tenía un grosor enorme, debido a la necesidad de resistirlas fenomenales presiones que reinaban a semejante profundidad. Horacio se dijo que debía de haber sido construida por una civilización avanzadísima; en la Tierra no había visto nada parecido.

Cruzaron el umbral y se hallaron ante una gran explanada, desde la cual se dominaba la ciudad.

Durante unos minutos, permanecieron en suspenso, contemplando el maravilloso espectáculo que la urbe submarina ofrecía a sus ojos.

La ciudad estaba edificada en el interior de una caverna de dimensiones colosales, apenas imaginables. El techo apenas si se divisaba, a más de mil metros del suelo, incluso con algunas nubes que se deslizaban perezosamente a una distancia variable entre los quinientos y los ochocientos metros.

El suelo no era llano del todo, sino que presentaba algunas suaves ondulaciones. Una extraña hierba, de color verde pálido, como falta de clorofila, crecía en los espacios situados entre los senderos, que abundaban por todas partes.

Se veían muy pocos vehículos y todos ellos tenían el aspecto de carretillas mecánicas, para el transporte de equipajes y pequeños bultos. El final de la caverna resultaba invisible, a causa de la distancia.

Más cerca estaban las casas, meros bloques de forma cúbica, con ventanas cuadradas y una sola puerta a nivel del suelo. Eran simples habitáculos, destinados a un fin preciso, por lo que sobraban todos los adornos superfluos.

Los edificio'.> aparecían distribuidos por calles perfectamente

cuadriculadas, pese a las ondulaciones del suelo. La escasa pendiente de las lomas y vaguadas permitía aquel trazado absolutamente geométrico.

De pronto, cuando habían recorrido unos pasos en el interior de la gran caverna, Horacio se dio cuenta de que iban a tropezar con un obstáculo no previsto. —Debíamos haberlo supuesto —mascullό.

Era lógico que alguien recibiese y controlase a los viajeros del espacio. A treinta metros de la puerta, había un puesto de control, servido por una serie de individuos uniformados. Detrás de Horacioy sus acompañantes, una larga hilera de hombres y mujeres, todos ellos con un rectángulo de metal en la mano, avanzaba hacia los guardias encargados de la verificación.

Horacio se volvió hacia el profesor. Törstenparecía desconcertado.

De repente, Blay pegó un codazo a la mano del joven y le hizo saltar la pistola. Luego se lanzó hacia delante a la carrera, a la vez que gritaba algunas palabras ininteligibles.

Se produjo un movimiento de sorpresa. Los guardias se agitaron y los pasajeros llegados del espacio se movieron de un lado para otro.

Blay llegó junto a los guardias y, volviéndose, señaló hacia el trío.

—Tenemos que hacer algo antes de que sea demasiado tarde —dijo Horacio, y echó a correr hacia el puesto de control. Confiaba que su gesto sorprendiera a los guardias y así sucedió. Blay esperaba que Horacio y sus acompañantes tratasen de escapar; pero la acción del joven le encontró desprevenido.

Horacio cargó contra Blay con la cabeza gacha, derribándole contra dos de los guardias. Los tres cayeron al suelo, gritando alborotados.

La acción del joven abrió una brecha en el puesto de control.

—¡Lucrecia! ¡Profesor! ¡Síganme! —gritó.

Yse lanzó a la carrera por un camino suavemente ondulado que conducía a la ciudad.

Un par de carretillas se cruzaron con él. Sus conductores le contemplaron asombrados.

De pronto, Horacio oyó la voz de la muchacha que le llamaba en tono desesperado.

Lucrecia y el profesor habían caído en manos de los guardias. Horacio vaciló un momento.

Pero se dijo que, dejándose apresar, no conseguiría sino servir los planes de Blay. Tras la breve detención, continuó su carrera.

—Ha sido una empresa disparatada, del principio al fin —masculló, cuando ya estaba a punto de alcanzar las primeras casas.

Un par de guardias corrían en su persecución. Las calles eran amplias y espaciosas; no le iban a proporcionar buenos sitios donde esconderse.

Corrió durante tres manzanas, torciendo sin descanso a derecha e izquierda, a fin de despistar a sus perseguidores. Las calles de la ciudad submarina aparecían semidesiertas; Horacio calculó que sus habitantes debían de hallarse tal vez en el trabajo.

Los que se cruzaban con él no le prestaron demasiada atención. Por otra parte, pasaba demasiado rápido para que se fijasen demasiado en sus acciones.

Al cabo de un rato, sin embargo, se dijo que aquella carrera no podía continuar por mucho más tiempo. Era hora de hacer algo más positivo.

Dobló una esquina. La calle estaba desierta.

A su derecha, vio una ventana abierta. Sin vacilar, saltó por encima del alféizar y penetró en una habitación sobriamente amueblada.

Se escondió detrás de la ventana. Los dos guardias pasaron a la carrera por delante de él y siguieron adelante.

Horacio suspiró, mientras se enjugaba el abundante sudor que corría por su frente. De pronto, oyó que se abría la puerta de la estancia.

Buscó un sitio para esconderse. Sólo había uno: el clásico en semejantes circunstancias.

Con gesto fulminante, se lanzó debajo de la cama, en el momento en que el ocupante del dormitorio cruzaba el umbral. Horacio contuvo el aliento.

Sonó una voz de sorpresa, que dijo algo en aquel extraño idioma. Mirando por debajo de la cama, Horacio divisóunas piernas que se dirigían hacia la ventana.

El ocupante del dormitorio debía de haberse dado cuenta de que se había dejado abierta la ventana y se disponía a cerrarla.

Despuésde haberlo hecho, y corrido las cortinas, giró en redondo.

Una voz dijo algo que Horacio no consiguió entender. El joven permaneció inmóvil, dándose cuenta de que había penetrado en el dormitorio de una dama.

Entonces ella se puso a gatas y miró debajo del lecho, sonriéndole de un modo sumamente atractivo.

Habló de nuevo. Horacio procuró amoldarse a las circunstancias.

—Lo siento, no entiendo su lenguaje —contestó. Ella pareció sorprenderse.

—¡Es un terrestre superior! —exclamó.

Horacio se quedó atónito. La mujer, que era joven y atractiva, hablaba ahora en su idioma.

—Si se refiere usted a que vivo fuera del océano, es cierto, señora —contestó.

Ella se apartó de la cama. —Salga, por favor —pidió.

Momentos después, Horacio se incorporaba.

—Le presento mis excusas, señora —manifestó —. Puede creerme que no me guiaba ningún fin dudoso al penetrar en su dormitorio.

—Usted viene de arriba —dijo ella. Suspiró —. Estuve allí una vez. ¡Qué hermoso es vivir en el exterior!

—Y¿por qué no lo haces? —preguntó él. La joven le dirigió una mirada penetrante.

—No me consideraban segura y me enviaron de nuevo a la ciudad submarina —contestó—. ¿Cómo se llama usted?

—¡Oh, dispénseme! Mi nombre es Gann, Horacio Gann, aunque puede llamarme Chico, como hace todo el mundo.

Ella sonrió.

—Mi nombre terrestre es Lydia Sylkre —dijo. Le tendió la mano con gesto afectuoso —. Celebro conocerle, Chico.

—Lo mismo digo yo, Lydia. ¿Vive sola aquí?

—No. La casa está ocupada por dos matrimonios, pero éste es mi dormitorio y no entra en él nadie sino yo —explicó la joven —. Siéntese, por favor, y cuénteme cómo ha conseguido llegar hasta nuestra ciudad. Que yo sepa, es el primer terrestre superior que lo consigue.

—Alguno tenía que ser el primero —replicó el joven con una sonrisa —. La verdad, si le cuento a lo que he venido hacer aquí, tal

vez no me mire con tan buenos ojos.

—Creo que adivino sus intenciones —contestó Lydia—. Ya le dije antes que me hicieron volver de nuevo a la ciudad submarina.

—Sí, no la consideraban segura, pero ¿por qué? Un velo de tristeza nubló las bellas facciones de la joven.

—Me enamoré de un terrestre superior —contestó.

—¿Y por eso la hicieron bajar de nuevo aquí?

—Sí. Temieron que..., bien, si me quedaba arriba, acabaría convirtiéndome en una de ustedes.

—Eso tiene un tufillo de racismo inconfundible —murmuró Horacio —. ¿Son muchos allá arriba?

—Bastantes. Algunos miles.

—¿Pretenden invadimos?

Lydia le miró.

—Esa es la verdad. No obstante, la invasión no se realizará en un plazo máximo, sino que puede que tarde varias generaciones en verse realizada por entero.

—Lo cual nos garantiza un plazo razonable de acción —observó Horacio —. Qué piensa usted al respecto, Lydia?

—Nosotros procedemos de un planeta que se extingue rápidamente. Y nuestra raza también; apenas si quedamos ya tres o cuatro millones.

—Comprendo. ¿Qué más, Lydia?

—Cuando se supo que la extinción del planeta y sus habitantes resultaba irremediable, se adoptó la resolución de buscar otro donde poder vivir y continuar la propagación de nuestra raza. Las condiciones ambientales causaban una casi total esterilidad en los matrimonios; apenas si una de cada diez mil parejas teníadescendencia.

Horacio silbó.

—Aquí, en la Tierra —siguió Lydia —, esa proporción se ha elevado de manera considerable. La proporción media de nacimientos es ya de uno por cada dos mil trescientos matrimonios.

—¿Yno creen que mezclándose con los terrestres se corregiría esa infecundidad?

Los ojos de la joven se entristecieron.

—Hay quien piensa que no debemos mezclarnos con los terrestres —contestó.

—Racismo puro —dijo Horacio, enojado —. Lo cual es un absurdo, cuanto más que no hay diferencias físicas entre ustedes y nosotros.

—Sí, eso pensamos algunos, pero somos minoría.

—Yla mayoría quieren erigirse en la raza dominante de este planeta.

—Así es —confirmó la joven—. Ciertamente, no es un plan elaborado en el transcurso de unos pocos años; la búsqueda y el hallazgo de un planeta adecuado duró siglos enteros, durante los cuales nuestro número descendía rápidamente.

—Y, al fin, encontraron la Tierra.

—Sí, pero no quisieron establecerse en la superficie, salvo los que pudiéramos llamar agentes secretos, de los cuales yo fui uno, hasta que los informes negativos me devolvieron a la ciudad submarina.

—¿Qué hacía usted en la superficie? Lydia sonrió con simpatía y contestó:

—Una cosa muy agradable para cualquier mujer: agente de compras —respondió.

X

Horacio se quedó sorprendido unos momentos. —Agente de compras —repitió.

—Así es —confirmó —. Aquí abajo, en la ciudad, se necesitan muchas cosas que nosotros no podemos elaborar todavía. Periódicamente, grandes submarinos ascienden a lugares secretos y cargan con las adquisiciones. —El seno de la joven se dilató con un profundo suspiro —. Yo tuve la desdicha de enamorarmede un terrestre yeso me valió el destierro.

—Parece ser que la gente que gobierna aquí es un poco cerrada de mollera —comentó Horacio con disgusto —. Si tan mal les iban las cosas en su planeta y su número es relativamente reducido, debieran haber pensado que en la Tierra no les habríamos negado refugio... siempre, claro que hubiesen desechado sus planes de conquista y se hubiesen amoldado a nuestras leyes y costumbres.

—Sólo unos pocos pensamos así —murmuró Lydia.

—Yyo conozco a un tipo conquistador —gruñó Horacio —. Bueno, que pretende serlo, que no es lo mismo.

—¿ Quién es? —preguntó ella con curiosidad.

—Su nombre terrestre es Luther Blay.

Lydia se envaró de repente.

—¡Luther Blay! ¡Ese miserable ... !

—¿Le conoce usted, Lydia? —preguntó él, sorprendido.

Ella sonrió con amargura.

—Tengo demasiados motivos para no sentir ninguna simpatía hacia él. Blay fue el que emitió el informe desfavorable, que me valió el destierro de la superficie.

—¿Sólo porque amaba a un terrestre superior?

Vaya, pues él no parece que se aplique a sí mismo las leyes que usa con los demás.

—¿Qué es lo que quiere decir, Horacio?

—Se había prometido en matrimonio con una muchacha de la superficie —contestó el joven.

—El caso de los varones es diferente del nuestro.

A ellos les interesa tener hijos..., una rápida descendencia.

—¡Québribones! Aquí, las mujeres, están peor que entre nosotros —rezongó Horacio irritado—. Por fortuna, ella se dio cuenta a tiempo y... ¿Cuándo piensan ustedes asaltar el poder, Lydia? —preguntó.

—Oficialmente, no tenemos prisa —respondió la joven —. Es cosa que durará generaciones enteras.

—Sí, lo dijo antes —respondió él—.¿Quién construyó la caverna?

—Existía ya, sólo que fue necesario acondicionarla después de haberla hallado al cabo de largos años de exploración. Fue un trabajo ímprobo, créame.

Horacio movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Lo creo, Lydia —contestó —. No he bajado yo solo a la ciudad submarina —añadió.

—¿Quiénes más vinieron con usted?

—Tres personas: Blay, el profesor Törsteny la ex prometida del rufián que la desterró a usted.

—¿Qué ha sido de ellos?

—Creo que el profesor y Lucrecia han sido hechos prisioneros.

Sin embargo, no temo por sus vidas. En cambio, a mí, en cuanto me atrapen… Se pasó el índice por el cuello, de modo significativo. Lydia se quedó pensativa unos momentos.

De pronto, se levantó y se acercó a la ventana, apartando un poco las cortinas.

—Ya ha empezado el período nocturno —murmuró.

Volvió junto a Horacio.

—Durante ocho horas, las luces se atenúan —explicó —. Es el equivalente de la noche en el exterior.

—Comprendo. Y, por la mañana, todo el mundo a trabajar.

Lydia sonrió.

—En efecto, es una ley común a todos los planetas.

De todas formas, aquí, en mi dormitorio, estará seguro, Chico. Nadie entra en él, sino yo.

—Se lo agradezco, pero, a pesar de todo, no puedo permanecer siempre encerrado en esta habitación —objetó el joven.

—Mañana indagaré y adquiriré informes acerca del profesor y de esa muchacha —manifestó ella—. Tendrá que esperar hasta mi regreso.

—Desde luego —convino Horacio.

—Creo que podré ayudarles. —Los ojos de Lydia brillaron—. ¡Estoy harta de luces artificiales! ¡Quiero vivir en el exterior, Horacio! Y, si muchos de los que viven aquí lo conocieran, le aseguro que la ciudad submarina se quedaría vacía en menos de una semana.

Horacio sonrió.

—Bueno, es cuestión de un poco de propaganda... y de renunciar también a esos sueños de conquista.

—Yo sólo conquisté a un terrestre —sonrió ella—.Me conformo con esa pequeña victoria.

—Le ayudaremos a culminarla de manera satisfactoria —prometió Horacio —. Una pregunta todavía.

—Las que quiera, Chico.

—Presencié la llegada de una nave del espacio.

Venían miles de personas, pero todas jóvenes; no había ningún anciano y tampoco vimos niños.

—En cuanto a los niños, ya le expliqué antes las causas —respondió Lydia —. Respecto a los ancianos, le diré que se ha

considerado inútil el esfuerzo que supondría traerlos hasta la Tierra.

Horacio se horrorizó. —y los han dejado allí, para que vayan muriendo poco a poco —exclamó.

—No soy yo quien hizo las leyes —contestó Lydia. Hubo un momento de silencio. Luego la muchacha buscó en un armario y sacó un par de mantas.

—Es todo lo que tengo —manifestó.

Horacio sonrió.

—Suficiente, Lydia. Y no tema, la convertiremos en una terrestre de los pies a la cabeza —anunció.

Momentos después, estaba tendido en el suelo, sobre las mantas dobladas a lo largo. Tan fría como era la temperatura en la caverna que servía de esclusa, resultaba agradable en el interior de la ciudad submarina, por lo que las mantas le sirvieron de colchón, sin necesidad de que tuviera que cubrirse con ellas.

Con la luz apagada, pensó en las singulares leyes de aquel pueblo, gobernado por unos fanáticos que aplicaban unos tabús absurdos e incompatibles con la civilización y los conocimientos científicos que les habían permitido unas obras tan avanzadas.

—Se ve que el extremismo no es privativo exclusivamente de la Tierra —comentó, como resumen de sus pensamientos.

Por la mañana, cuando despertó, encontró la cama vacía.

Lydia se había ido, dejándole una bandeja con comida y una nota. En ésta le indicaba que debía esperar y no moverse de la casa hasta su regreso.

Horacio comió con buen apetito. Confiaba en la muchacha y, más que nada, en sus ansias de abandonar la ciudad submarina y vivir fuera, al aire libre, bajo el sol y las estrellas.

La casa quedó desierta cuando los otros moradores se fueron a sus trabajos. Horacio aprovechó la ocasión para utilizar el único baño que había en el edificio, aunque sin descuidar las precauciones.

Regresó al dormitorio. A través de una rendija que abrió en las cortinas, estuvo mirando la calle.

Vio pasar algunas parejas de sujetos uniformados, que supuso debían ser los guardias de orden público de la ciudad. Los vigilantes parecían inquietos y, de cuando en cuando, detenían a algún hombre solitario, sobre todo si era de una edad aproximada a la

suya, para pedirle la documentación.

—Me están buscando como locos —murmuró, divertido —. Y siguen portándose como terrestres.

El día transcurrió lentamente. Lydia llegó por fin, poco antes de que se iniciara el periodo de oscurecimiento cotidiano.

Los ojos de la muchacha brillaban de excitación. —Ya sé dónde están —dijo.

—¿Cómo ha conseguido averiguarlo? —preguntóél, no menos excitado.

Lydia sonrió.

—La detención se produjo delante de demasiadas personas para que haya podido mantenerse en secreto —respondió —. Es la noticia del día en la ciudad, más que la reanudación de los vuelos espaciales entre nuestro planeta y la Tierra.

—Me lo imagino. Ahora dígame, por favor, ¿dónde los han encerrado?

—Hay un edificio que es el palacio del gobierno —respondió Lydia —. Lucrecia y el profesor están encerrados en sendas habitaciones, acondicionadas como celdas carcelarias. Serán juzgados dentro de tres días.

—¿De qué les piensan acusar?

—De haber intentado destruir nuestra ciudad.

—Es lo lógico —admitió Horacio sin perder la calma —. En la Tierra, cualquiera de ustedes podría haber sido objeto de una acusación análoga... y con mayor fundamento, puesto que, a fin de cuentas, nosotros estamos en nuestra casa y no nos metíamos con ustedes.

Lydia enrojeció.

—Por favor, Chico, no nos mida a todos con el mismo rasero. Ya le dije que hay muchos que se sentirían contentos y felices de convertirse en un terrestre más y poder vivir' en un planeta que tiene aún miles de siglos por delante.

—Sí, pero están los fanáticos que lo estropean todo —masculló Horacio —. ¿Conoce usted el edificio del gobierno?

—He estado en él un par de veces —respondió Lydia.

Horacio reflexionó unos momentos. Antes de seguir adelante, se acercó a la ventana y miró a través de una rendija abierta en las cortinas.

—Acérquese, Lydia, por favor —rogó. La joven obedeció.

—¿Qué quiere, Chico?

—Ya se ha iniciado el período de oscurecimiento, pero hay luz en las calles, menos que en una ciudad terrestre, aunque la suficiente para ser vistos con facilidad a ciento cincuenta metros de distancia.

—¿Y…?

—Supongo que el palacio del gobierno estará erigido en un lugar privilegiado, ¿no? Suele ocurrir así en todas partes.

—Desde luego. No podríamos llegar a él sin ser vistos en el acto.

Horacio se tiró del labio inferior en gesto pensativo.

—Lydia, ¿de dónde proviene la iluminación de la ciudad? —preguntó.

—Hay una central de energía que suministra la corriente necesaria —respondió ella.

El joven sonrió.

—Bueno, haremos de guerrilleros y atacaremos uno de los puntos más débiles de la ciudad. Sin luz y sin energía eléctrica, —podremos desenvolvernos mucho mejor.

—¿Cómo? —se sorprendió la joven—.¿Piensa paralizar la central?

—Exactamente —contestó Horacio, sin dejar de sonreír.

XI

Horacio esperó hasta bien pasada la medianoche, cuando los últimos noctámbulos dejaron desiertas las calles. En realidad, no existía la vida nocturna, tal como se la concebía en la superficie, pero siempre había alguno que volvía con retraso a su casa. Lydia le explicó que estaban empleados en distintos sitios que exigían un horario diferente.

Los guardias dejaron también de circular. Horacio aguardó hasta una hora que en la superficie hubiera coincidido con las tres de la madrugada.

Entonces, seguido por la muchacha, salió de la casa.

Lydia le guió hasta la periferia de la ciudad. Muy a lo lejos, sobre una colina, se divisaba un edificio de aspecto imponente.

—La central —murmuró ella.

—Tendremos que dar un rodeo —opinó Horacio.

Caminaron de prisa. Eran dos kilómetros en línea recta, que se convirtieron en casi el doble, a causa de tener que viajar por hondonadas y lugares bajos, para no ser vistos por los posibles vigilantes de la central.

Horacio no abrigaba el propósito de una destrucción total. A fin de cuentas, las colosales esclusas se movían con la energía suministrada por la central y no tenía el propósito de quedarse abajo para siempre.

Sólo pretendía una inutilización momentánea; lo suficiente para poder liberar a Lucrecia y al profesor,y esto únicamente podría conseguirlo sumiendo a la ciudad en las tinieblas.

Alcanzaron las inmediaciones de la central.

—No esperan un ataque —dijo, satisfecho.

Un guardia se paseaba con aspecto aburrido por delante de la puerta. Horacio miró en tomo suyo, hasta encontrar un pedrusco de regular tamaño.

—Sígame, Lydia.

Remontaron los últimos metros de la pendiente y alcanzaron en dos saltos la esquina del edificio, aprovechando el momento en que el centinela volvía la espalda. Horacio dejó pasar aún algunos minutos.

Le interesaba no errar, sino acertar al primer golpe.

Los pasos del centinela le guiaron. Los oyó muy próximos y luego se dio cuenta de que el sujeto se alejaba.

Entonces asomó la cabeza. El centinela estaba a ocho o diez pasos de distancia.

Lanzó la piedra. Se oyó un seco golpe y el sujeto se desplomó sin sentido.

Horacio corrió hacia él, despojándole en el acto de su armamento. Llevaba también un medallón como el de Durr y se lo quitó para evitar que, si despertaba antes de tiempo, pudiese dar la alarma.

Luego se acercó a la puerta y miró adentro.

Varios hombres estaban sentados ante un gran panel de instrumentos, vigilando el funcionamiento de la central. Pero no vio aparatos de ninguna clase en aquella vastasala.

—¿Dónde están los motores? —susurró.

—Abajo, a doscientos metros de profundidad —contestó Lydia —. Éstos son nada más que los controles de la central. Hay también alojamientos para los técnicos y...

Horacio asintió. Respirando hondo, dio unos cuantos pasos en el umbral.

Lydia le seguía. En aquel momento, uno de los técnicos se volvió.

El hombre se quedó paralizado por el asombro.

Lydia se anticipó a las intenciones de Horacio y, en su propio idioma, dijo:

—¡Que nadie se mueva! ¡El primero que haga un gesto sospechoso es hombre muerto! y luego tradujo sus palabras, para que Horacio supiera lo que había dicho.

—¡Estupendo! —aprobó el joven, avanzando hacia los técnicos.

Eran cinco en total. Lydia, por consejo de Horacio, les ordenó apartarse del panel de control.

Los técnicos obedecieron, sin comprender muy bien lo que ocurría. Uno de ellos, no obstante, intentó resistirse.

Llevaba una pistola y trató de sacarla. Horacio saltó hacia él y le golpeó en la sien con el cañón de la suya, lanzándole al suelo fulminado.

—Lydia —preguntó a continuación —, ¿cree que hay aquí algún sitio donde poder esconder a estos individuos?

La joven habló unas palabras en su idioma con uno de ellos. El sujeto se encogió de hombros y luego señaló una puerta situada a la derecha de la estancia.

—Que caminen hada allí —indicó Horacio—y que se lleven el cuerpo de su compañero.

Los técnicos obedecieron de inmediato. Horacioles siguió, pasando luego a una habitación desprovista de ventanas y desnuda de muebles. Había una serie de grandes cajones metálicos, con unas esferas indicadoras en la parte superior, que supuso aparatos de control automático, pero no vio ningún mueble.

Horacioentregó la pistola a la muchacha.

—Vigílelos con atención —ordenó —. Y dispare si alguno se desmanda.

—De acuerdo —contestó Lydia.

Horaciocorrió hada la salida. Arrastró el inconsciente cuerpo del guardia hacia el interior, y ya iba a llevarlo junto con los prisioneros cuando, de repente, se le ocurrió una idea.

Momentos después, había cambiado sus ropas por el uniforme del sujeto. Luego lo dejó en la habitación y salió, seguido de Lydia.

—Ahora hay que encerrarlos —dijo —. ¿Tiene llave esta puerta?

Ella movió la cabeza.

—No, pero... —Le entregó la pistola—.Aguarde un momento.

La joven echó a correr hada el interior de la central. Tardó casi un cuarto de hora en regresar, pero al fin lo hizo con un pesado aparato en las manos, rematado por una pistola de tamaño superior a la que tenía Horacioen las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó él, extrañado.

—Funde los metales —explicó Lydia —. No mire.

Se puso unas gafas oscuras y disparó contra las junturas de la puerta un rayo calórico de elevada temperatura.

Los bordes de los dos batientes se unieron al fundirse y enfriarse luego el metal. Lydia, sin embargo, practicó en la parte alta un orificio de unos diez centímetros.

—No tienen respiración por otro procedimiento y podrían morir asfixiados —explicó.

—Me parece muy bien —contestó Horacio, muy satisfecho de la ayuda que le prestaba la joven.

Lydia dejó el soldador en el suelo.

—Bien —dijo —, ha llegado la hora de paralizar la ciudad.

—Un momento —pidió él—.Si quitamos la luz, ¿cómo encontraremos el camino?

—Buscaré un par de linternas —contestó ella. Horacio se acercó al panel de instrumentos y lo contempló durante algunos minutos. Lydia apareció a poco con un par de lámparas portátiles en las manos.

—¿Apago? —preguntó.

—Usted conoce los signos gráficos de su idioma —contestó Horacio —. Imagino que, como todas las centrales, tendrá un interruptor general.

—Nada más cierto —admitió ella.

Se paseó a lo largo del enorme panel, hasta detenerse en el centro. Había allí un botón rojo, enmarcado por un círculo negro, y

se dispuso a oprimirlo.

—Espere —pidió Horacio —. ¿Por qué no lo estropeamos un poco más?

—¿Qué quiere decir, Chico?

—Voy a ver si encuentro una cosa —contestó él.

Regresó minutos más tarde con un destornillador en las manos. Quitó el círculo negro y dejó al descubierto el botón, que se prolongaba en un vástago cilíndrico, el cual desaparecía en el interior del panel.

Acto seguido, salió fuera y volvió con un puñado de piedrecitas en la mano.

—Apague, Lydia —ordenó.

La muchacha presionó el botón.

Una total oscuridad cayó sobre ellos. Horacio, entonces, encendió una de las lámparas y alumbró el hueco, en el que lanzó todas las piedras que había traído.

A continuación, colocó de nuevo el círculo negro.

—Verá qué susto se llevan cuando intenten restablecer la luz.— rió sonoramente—. ¿Vamos?

Salieron de la central. Las tinieblas eran absolutas, espesas como Horacio no había visto nada semejante. —Llamarán a la central por alguna emisora portátil y vendrán a investigar cuando se den cuenta de que nadie contesta —explicó.

Poco después, vieron encenderse algunas luces a lo lejos. Entonces Horacio apagó su lámpara.

Caminaron en línea recta. Media hora después, oyeron pasos precipitados.

Horacio agarró a Lydia por una mano y la separó del camino. Un pelotón de hombres, precedidos por alguien que llevaba una lámpara para alumbrarse el camino, pasó a la carrera por delante de ellos.

—Encenderán la luz justo cuando hayamos llegado al palacio del gobierno —dijo Lydia, alarmada. —y para ¿qué se cree que puse las piedras allí?

Ahora será cuando se produzca una avería real, que les costará varias horas reparar. ¡Vamos!

Pocos minutos después, Lydia se detenía en la esquina de una

casa.

—Allí está el edificio del gobierno —indicó.

Un par de centinelas armados se paseaban por delante de la puerta, de cuyo dintel pendía una lámpara encendida. Era la única luz en muchos metros a la redonda.

Horacio se llenó el pecho de aire.

—Aguárdeme aquí hasta que silbe —dijo al oído de la joven.

y acto seguido, empezó a andar con paso marcial hacia el edificio.

Sus pasos resonaron con fuerza sobre el pavimento de grandes losas de hormigón. Los centinelas volvieron sus armas hacia él, pero las bajaron de inmediato al ver el uniforme.

—Menos mal que no han pegado carteles con mi fotografía —se dijo Horacio, cuando estaba ya a diez metros de la puerta.

Continuó su marcha sin la menor vacilación, seguro de sí mismo. Sabía que ello impresionaría a los centinelas.

Uno de ellos se destacó dos pasos y le habló algo en su idioma. Horacio contestó con un gruñido, a la vez que señalaba un punto con la mano izquierda.

El centinela cayó en la trampa y volvió la cabeza.

Horacio le asestó un formidable puñetazo en la sien, dejándole sin sentido en el acto.

El otro intentó defenderse. Era ya tarde; la iniciativa estaba en manos de Horacio.

Instantes después, el segundo centinela yacía en el suelo. Horacio dio un salto hacia arriba y pegó un tirón, para arrancar la lámpara de su emplazamiento.

La oscuridad cayó sobre aquel lugar. Horacio giró en redondo y silbó suavemente.

Segundos más tarde, escuchaba los precipitados pasos de Lydia.

—Horacio —murmuró la joven.

—Aquí, Lydia —contestó él.

XII

Cuando Lydia llegó junto a Horacio, se dio cuenta de que estaba arrodillado en el suelo.

—¿Qué hace? —preguntó.

—Tiene que cambiarse de ropa y ponerse el uniforme de uno de los centinelas —contestó él—.Alúmbreme, por favor.

Ella obedeció. Momentos después, Horacio le entregó el uniforme.

—Pase al otro lado y cámbiese, aprisa.

Lydia cruzó el umbral. Horaciodepositó su linterna en el suelo y, bajo su luz, desgarró las ropas del otro centinela, con las que hizo ligaduras, que empleó para inmovilizar y amordazar a los dos.

Lydia salió en aquel momento.

—El uniforme me está grande —se lamentó.

—No importa. Bastará con el primer vistazo para engañar a quien nos salga al paso. Métase el pelo dentro del casco y procure engolar la voz cuando alguien la interpele. Del resto me encargaré yo.

—Muy bien.

Los soldados usaban un casco flexible, que era más bien una pieza ornamental que defensiva. En unos segundos, Lydia escondió bajo el casco la abundante masa de sus cabellos negros y luego miró a Horacio, como pidiéndole consejo.

—Puede que haya gente arriba. Diga que venimos a buscar a los prisioneros para... Bueno, usted conoce mejor que yo las costumbres de la ciudad y sabrá dar una excusa convincente.

—Conforme.

Se oían gritos y voces alarmadas en la ciudad. Dos hombres hablaban en tono alterado dentro del edificio.

Lydia cruzó el umbral. Horacio la seguía.

Una escalera arrancaba hacia arriba a pocos pasos de la entrada. Cuando se hallaban a mitad, un hombre uniformado apareció en el final de la escalera y dijo algo.

Lydia contestó en su idioma y siguióavanzando. El hombre, que tenía en la mano una lámpara portátil, la miró con desconfianza.

Horacio se situó a la par de Lydia. De repente, el guardia pareció advertir que algo no marchaba bien.

Se dio cuenta demasiado tarde. Horacio empleó sus puños una vez más con resultado fulminante.

Apartaron al guardia a un lado y siguieron su camino. De pronto, Lydia se detuvo ante una puerta.

—Aquí está el jefe de la guardia —murmuró —.

El centinela me lo dijo un segundo antes de darse cuenta del engaño.

—Muy bien. Llame usted y dígale que nos entregue a los prisioneros de grado o por fuerza.

Lydia asintió. Abrió la puerta.

Un hombre de uniforme estaba hablando por medio de uno de aquellos curiosos transmisores que Horacio conocía tan bien, aunque del tamaño del que Durr había escondido en el camarote del «Sullawar».El oficial se volvió.

Una lámpara iluminaba parte de la estancia. Sin embargo, proporcionaba la suficiente luz para que el oficial pudiera ver la pistola que Horacio empuñaba con mano firme.

Lydia le dijo algo en su idioma. De pronto, saltó hacia delante y apartó el transmisor de un manotazo.

El aparato cayó al suelo y la pantalla estalló con fuerza. Lydia explicó su acción.

—Estaba hablando con Luther Blay —dijo. Horacio contuvo su juramento.

—Muy bien —contestó —. Eso nos servirá de acicate. Dígaleque nos guíe hasta las celdas donde están los prisioneros.

Lydia habló con el oficial. Horacio apoyó sus palabras, poniéndole la pistola bajo las narices.

El oficial palideció. Movió la cabeza afirmativamente y se puso en pie.

—Indíquele que no trate de jugamos una mala pasada —advirtió Horacio.

Lydia transmitió sus palabras al oficial. Éste contestó en gesto afirmativo y salió de la estancia.

Momentos después, se detenían ante una puerta.

El oficial sacó una llave y la abrió.

Alguien se sentó en una cama. Horacio enfocó el haz de rayos de su linterna.

—¡Lucrecia!

—¡Chico! —gritó ella.

Saltó de la cama y corrió hacia él. —¡Dios mío! ¡Es cierto! —exclamó.

—Es cierto... ¿qué? —preguntó Horacio.

—Estás vivo. Creí que habrías muerto...

—Tengo el pellejo muy duro. —El joven rió, satisfecho de la actitud de Lucrecia —. Bien, ya estás en libertad. Vamos a ver ahora al profesor y a largamos de aquí en el acto.

La muchacha se colgó de su brazo, mientras miraba a Lydia con curiosidad.

—Oh, perdón —se excusó Horacio —. Olvidé las presentaciones... —Y después de haberlo hecho, añadió —: Sin su valiosa ayuda, no estaría aquí, Lucrecia.

La joven estrechó calurosamente la mano de Lydia.

—Siempre te lo agradeceré —manifestó con sinceridad.

—Lo hago por mi propio interés —contestó Lydia riendo.

—Sería conveniente que nos dejásemos de cumplidos —terció Horacio —. No hay que olvidar que este pájaro hablaba con Blay cuando nosotros le sorprendimos.

—Tiene razón —opinó Lydia.

Se volvió hacia el oficial y le preguntó dónde se hallaba la celda del profesor.

El hombre indicó una puerta situada al otro extremo. Entonces Horacio le quitó la llave, le empujó dentro de la habitación y lo encerró rápidamente.

—Vamos.

Atravesaron el pasillo a la carrera. Horacio fue el primero en llegar y abrió la puerta.

—¡Profesor! —llamó, a la vez que alumbraba la celda con la lámpara.

Törstenestaba profundamente dormido y tardó algunos momentos en reaccionar. Al fin, se sentó en la cama y miró asombrado en torno suyo.

—Vaya —sonrió —, al fin lo ha conseguido, Chico.

—Usted sabía bien a quién contrataba —fanfarroneó Horacio —. Vamos, vístase; nos largamos.

—¿Adónde? —quiso saber Törsten.

—Arriba, claro. No sé cómo abriremos las esclusas, pero ya se me ocurrirá un medio por el camino...

—No tan de prisa, Chico —le interrumpió el profesor —. Yo no vine aquí sólo para ver la ciudad y marcharme como un fugitivo.

—No comprendo —dijo Horacio, desconcertado.

—Mi presencia aquí obedece a algo más que mera curiosidad científica. Lo crean o no ustedes tres, estoy aguardando una visita muy importante —manifestó Törsten.

—¿A quién espera? —preguntó Lucrecia.

—Esta ciudad tiene un gobierno y el gobiernonaturalmente, tiene un presidente. Éste se llama..., bueno, si viviese allá arriba, se llamaría Törsten, como yo.

Horacio se quedó sin habla.

—¡Su hermano! —resopló.

—En efecto.

—Pero... —Horacio se volvió hacia Lydia —. Tú me dijiste que no había ancian…, bueno, quiero decir personas maduras en esta ciudad.

—Los que llegan, no —aclaró la joven —. Pero el hombre a que se refiere el profesor, ya lleva aquí cuarenta años.

—Ésta sí que es una sorpresa —murmuró Horacio.

—También para mí. Confieso que lo ignoraba —añadió Lucrecia.

—Y, bien, ¿qué le dirá usted a su hermano cuando venga?

—Lo sabrán en el momento oportuno —contestó Törsten—. Quiero que estén presentes en la entrevista.

Horacio frunció el ceño.

—Tengo la sensación de que he hecho el ridículo —masculló indignado —. Para hacer lo que estoy haciendo, no valía la pena suspender mis vacaciones. Mejor dicho, que me obligaran a...

—Me parece que no sabe valorar sus propios méritos —le interrumpió Törsten—. Aparte de que —añadió con intención — cierta persona podría sentirse enojada por sus manifestaciones.

Lucrecia enrojeció. Sin embargo, aludida de un modo directo por el profesor, contestó:

—Creo que Chico tiene bastante razón. Usted me ocultó sus propósitos.

—Posiblemente, no habrían venido, si hubiese hablado con la verdad —manifestó Törsten.

—Bueno, ¿y qué sucederá si su hermano se niega a avenirse a razones? —preguntó Horacio —. Usted parece seguro de convencer le, pero, de momento, le encerraron en la cárcel. ¿Qué me contesta?

—Repito que deben esperar a que llegue él —insistió el profesor —. Confío en persuadirle, eso es todo.

—A quien tiene que persuadir es a Blay —rezongó Horacio.

—¡Bah! —dijo el profesor en tono despectivo—. Es un tipo insignificante en este asunto, aunque no niego su competencia científica. Pero aquí, los hombres como él no tienen papel alguno.

—Ya me lo dirá usted cuando aparezca mugiendo como un toro furioso —contestó el joven —. Bien, ¿y cuándo llegará su hermano?

—¿Qué hora es? —preguntó Törsten. Horacio consultó su reloj.

—Arriba, las seis y media de la mañana —dijo —. Aquí, desconozco el horario…

—Es el mismo que el del meridiano de las islas Marianas —aclaró Lydia.

—Entonces es la hora correcta. Ajustamos nuestros relojes poco antes de realizar la inmersión definitiva —declaró el profesor.

—Ahora comprendo por qué recibió el nombre de Pozo Törsten —dijo Horacio —. Así, cualquiera.

El profesor sonrió.

—Es un nombre que aún no consta en las cartas geográficas —manifestó. De pronto, pareció advertir algo en lo que no había reparado hasta entonces —: ¿Por qué usan lámparas portátiles?

—Inutilizamos la central de energía. De lo contrario, no habríamos podido llegar hasta aquí —explicó Horacio.

—Lo cual demuestra, una vez más, lo acertado de mi elección. Por favor —pidió Törsten—, salgan fuera he de vestirme.

Horacio y las dos mujeres abandonaron la celda.

Horaciose sentía bastante descontento.

—Las intenciones del profesor me parecen buenas, pero desconfío de los resultados —dijo en tono pesimista.

Apenas había terminado, se encendieron todas las luces.

Un sonoro clamor se oyó en el exterior.

—¡Han reparado la central! —exclamó Lydia.

—Sí, Y ello no va a facilitar nuestra escapatoria —murmuró Horacio en tono lúgubre.

XIII

Horacio no se sentía muy satisfecho con los propósitos del profesor Törsten.

Sus proyectos eran buenos, así lo había declarado, pero desconfiaba de que su hermano y los demás miembros del Consejo aceptaran las propuestas que adivinaba les formularía.

En otra ocasión, no le hubiera importado tanto.

Sabía, primero, que Blay tenía intenciones de matarle y segundo, aunque lograse soslayar aquel escollo, tenía encima de sí una colosal caverna y doce kilómetros y medio de océano.

Se notó atacado de una vaga sensación de claustrofobia.

Ciertamente, había espacio de sobra fuera del edificio, pero no era lo mismo que estar dentro de una casa en la superficie del planeta. Desde laventana, podía verse el cielo... aunque estuviese encapotado y diluviando.

Se acercó a la ventana más cercana. La ciudad parecía haber vuelto a la normalidad.

De pronto, divisó un grupo de guardias armados, al frente de los cuales venía un sujeto que le pareció conocido.

El edificio tenía delante una vasta explanada. El grupo la atravesó a la carrera.

Segundos más tarde, Horacio reconoció al jefe del pelotón.

—¡Viene Blay! —anunció.

Lucrecia corrió hacia él. Su cara adquirió una blancura espectral.

—¿Cómo habrán sabido que estás aquí? —preguntó.

—Usando la lógica —contestó él—.Hay que reconocer que no es tonto.

Se apartó de la ventana y corrió hacia el arranque de la escalera, que alcanzó justo cuando Blay franqueaba el umbral.

Oyó la voz del sujeto, gritando en tono agrio alguna orden que no entendió. Sin embargo, supuso en el acto qué era lo que mandaba a sus acompañantes.

Los guardias se dispersaron por el edificio. Un par de ellos, siguiendo a Blay, corrieron escaleras arriba.

Horacio esperó. En el último instante, abandonó su escondite y salió a terreno descubierto.

Blay alcanzaba en aquel momento el penúltimo peldaño. Sorprendido, levantó la pistola, pero Horacio no le dio tiempo.

Su puño partió disparado con terrorífica violencia, lanzando hacia atrás al desprevenido individuo. Blay chocó con los dos guardias que le seguían y todos rodaron en confuso montón

escaleras abajo.

—¡Profesor! —gritó el joven —. ¡Salga afuera y contenga a esos rufianes!

Törstencorrió hacia la escalera. Blay y los demás se incorporaban en aquel momento.

Horacio le apuntó con su pistola.

—No me gustaría tener que matarle —dijo _. Váyase.

Los ojos de Blay relucieron con siniestro salvajismo.

—Volveré —aulló, levantando el puño.

Se puso en pie y, renqueando, abandonó el edificio.

Los guardias le siguieron, tras una breve vacilación. Horacio torció el gesto.

—Me hubiese gustado más que hubiera reaccionado de otra forma —rezongó —. Ese tipo nos dará un disgusto, a poco que pueda.

Volvió junto a la ventana. Blay y sus esbirros se habían reunido a cincuenta metros del edificio y parecían vigilarlo con atención.

Uno de ellos se llevó de pronto la mano a la frente. Luego alzó la cabeza y miró hacia arriba con expresión sorprendida.

—Se van a mojar como continúen a la intemperie —rió Horacio.

Detrás de él, Lydia lanzó una exclamación: —¿Qué estás diciendo, Chico?

—Bueno, parece que llueve —contestó él.

—¡Llover! ¡Horacio, aquí adentro no ha llovido jamás!

El joven se volvió hacia Lydia.

—¿Estás segura de lo que dices? ¡Yo he visto algunas nubes!

—Arriba no reina la temperatura que sería necesaria para la condensación del vapor de agua y la consiguiente producción de lluvia —manifestó Lydia.

Horacio miró otra vez por la ventana. Los guardias parecían atónitos de verdad.

—Entonces, si no llueve, ¿de dónde demonios cae el agua?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Horacio, obedeciendo a una súbita inspiración, sacó la mano.

Pasó un minuto largo antes de que recibiera la primera gota en la palma, lo cual redobló su extrañeza. Luego, se llevó la mano a la boca y probó con la punta de la lengua aquella pequeña cantidad del líquido.

Un temblor convulsivo se apoderó de sus miembros al comprender la espantosa realidad.

—¡Es agua salada!

Lucrecia vaciló. Lydia parecía a punto de desmayarse.

Törstenhabía oído las palabras del joven. Corrió hacia él.

— ¿Está seguro, Chico? —preguntó.

—El sabor del agua del mar es inconfundible, profesor —declaró Horacio.

Törstense quedó pensativo unos momentos. Luego dijo:

—Tal vez hay alguna filtración en la bóveda rocosa que, de todas formas, no reviste la menor importancia.

—¿No, eh? —gruñó el joven —. ¿Qué grosor tiene la bóveda?

—Unos ochocientos cincuenta metros en el punto más delgado. Hay sitios en que la capa de rocas mide casi el doble.

—Nunca hubo filtraciones hasta ahora —terció Lydia.

—Bien —dijo Horacio —, de todas formas, es una respetable cifra de kilómetros de océano la que pesan sobre esta caverna. —Hizo un rápido cálculo y añadió —: Casi once mil metros, lo cual da una presión de mil cien toneladas por centímetro cuadrado... once mil toneladas por metro cuadrado.

Miró hacia arriba.

—Me gustan las presiones de un kilo por centímetro cuadrado, que son las que reinan a nivel del mar—gruñó.

De pronto, Lucrecia exclamó:

—Profesor, creo que viene su hermano.

Horacio se asomó a la ventana. Un hombre, de edad análoga a la de Törsten, se acercaba al edificio, sentado en el asiento posterior de una carretilla que guiaba un conductor de aire impasible.

—Sí, es él—confirmó Lydia.

Blay y sus acólitos se apartaron respetuosamente a un lado. El vehículo se detuvo frente a la entrada del edificio y su pasajero se apeó en el acto.

—Esperemos aquí —indicó Törsten.

Momentos después, su hermano ascendía por las escaleras. Los dos hombres se saludaron con una frialdad que dio muy mala espina a Horacio.

Törsteny su hermano intercambiaron unas cuantas frases en el idioma nativo. Luego; el profesor dijo:

—Convendría que hablásemos en el lenguaje de la superficie. Quiero que mis acompañantes entiendan y participen de nuestra conversación.

—Como gustes —respondió su hermano —. Preséntamelos, ¿quieres?

Törstenaccedió. Luego dijo:

—Mi hermano se llama, aquí, Dundre y no tiene tratamiento especial.

—Magnífico —murmuró Horacio entre dientes—, aunque no me importaría llamarle Majestad, si con ello pudiera escapar de aquí en el acto.

Dundre le oyó y le miró con gesto irritado.

—Se nota que viene de la superficie. Su impertinencia es bien patente —manifestó con una petulancia que agradó muy poco a Horacio.

Se dijo que debía ser contemporizador, sin embargo, y se excusó:

—Lo siento, señor.

Dundre se volvió hacia su hermano.

—¿Y bien, Shidher? —preguntó.

—Eres el presidente del gobierno de esta ciudad

—contestó Törsten—. Nosotros estábamos presos y este buen amigo nos ha liberado. Puedes mandar que nos encierren de nuevo, si lo estimas conveniente.

—Parece ser que vuestra llegada no se ha producido de una manera muy ortodoxa que digamos manifestó Dundre —. De todas formas, eres mi hermano y no puedo dejar de tener en cuenta tan favorable circunstancia. ¿Qué más?

Horacio se sintió acometido otra vez por un invencible pesimismo.

En cambio, se dijo, Törstenhabía sido demasiado optimista.

—Hay algunas leyes que estimo ridículas, anticuadas y retrógradas —manifestó —. Deseo que reúnas a tus consejeros y estudiéis el modo de derogarlas.

—¿A qué leyes te refieres? —preguntó Dundre impasible.

—Primero, a las que regulan, más bien prohíben, la salida de los habitantes de la ciudad submarina y su incorporación, y también si lo desean, su mezcla con los terrestres.

»Segundo, el abandono inmediato de los planes de conquista de

la Tierra, por muy largo que sea el plazo que os hayáis fijado, y tercero y último, el establecimiento de un pacto con el gobierno del planeta, que os garantice la libre permanencia en el mismo.

—¿Eso es todo, Shidher?

—En cuatro palabras, así es —convino el profesor.

La respuesta de Dundre fue contundente:

—Lo siento. No puedo acceder a tus pretensiones. Los ojos de Törstenbrillaron de cólera.

—¡Dundre! No puedes encerrarte en una determinación semejante —exclamó —. Reconsidera tus palabras...

—No hay nada que meditar. Eres mi hermano y en gracia a ello haré que os dejen en libertad y permitiré que viváis aquí como unos ciudadanos más, pero eso es cuanto puedo hacer en vuestro favor.

Hubo un momento de silencio.

Horacio se dispuso a intervenir. Creía que Törsteniba a saltar al cuello de su hermano, tal era la expresión de furia que había aparecido en su rostro.

Por otra parte, se dijo, la habilidad diplomática del profesor había sido nula. Había arremetido de frente, creyendo ser el mejor procedimiento, y lo único que había conseguido había sido echarlo todo a perder.

Lucrecia y Lydia no se atrevían a intervenir, sabiendo que su papel allí era poco menos que nulo. Horacio pudo ver en sus caras la decepción que sentían.

—Por favor, hermano... —insistió Törsten.

—No insistas, te lo ruego —contestó Dundre—. Esto se ha acabado ya. Mi decisión es firme y...

Horacio le interrumpió de repente.

—Perdón, señor —dijo.

Dundre le miró con frialdad.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó.

—Creo que yo también debería poder decir algo. A fin de cuentas, he nacido en este planeta, cosa que no se puede decir de usted... y créame que no trato de ofenderle con estas palabras.

—¿De qué se trata? —quiso saber Dundre.

—Usted no quiere que se deroguen las leyes que prohíben a los ciudadanos de que viven aquí abajo, abandonar la ciudad y residir libremente en la superficie.

—Ha podido oírlo antes —contestó Dundre en tono glacial.

—A mí me gustaría saber —declaró Horacio —, si cuenta usted con el asentimiento total de sus... digámosles súbditos.

—Soy el presidente —declaró el hermano de Törstencon altivez.

—No lo dudo, pero estimo que éste es un asunto demasiado importante para ser resuelto por una sola persona. Si mis informes no mienten, la mayoría de los que viven aquí echarían a correr hacia la esclusa, apenas se lo permitiesen.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Sencillamente, que tienen ganas de disfrutar del aire y del sol, de pasear al aire libre, aunque llueva, nieve o caigan chuzos de punta y no en una atmósfera artificial; que desean que las noches se produzcan de un modo natural y no por medio de un mecanismo automático y, en fin, que a la mayoría de ellos, esa especie de segregación racial, ese dominio que usted trata de implantar arriba, para beneficio de unos pocos privilegiados, les trae absolutamente sin cuidado, cuando no piensan que es un absurdo y una inmoralidad.

—Todos los que viven aquí están dispuestos a pasar las más duras penalidades, a fin de que sus descendientes puedan un día disfrutar de esos beneficios de que usted ha hablado —manifestó Dundre de modo altisonante.

—¡Ta, ta!—replicó Horacio con sorna —. Eso me recuerda una doctrina política que floreció —es un decir —, hace un par de siglos. También prometía lo mismo, una especie de paraíso terrestre; hablaba de grandes privaciones para alcanzar la felicidad por medio del sacrificio y la disciplina, pero, entre tanto, una cuadrilla de tipos sojuzgaban a millones.

—Las cosas son distintas...

—Sólo porque ustedes están bajo el océano, pero nada más.

Horacio se volvió hacia Lydia.

—Explíquele cuál es su punto de vista.

La muchacha vaciló un instante. Luego, decidiéndose, dio un paso hacia delante:

—Horacio tiene razón, señor. Muchos queremos vivir libremente en el exterior... y no nos interesa sojuzgar a nadie, sino convertirnos en unos terrestres más.

Dundre frunció el ceño.

—Historias de unos desequilibrados —contestó—.

Si no me engaño, usted ya estuvo arriba y los informes desfavorables que se recibieron fueron causa determinante de que se la enviara de nuevo a la ciudad submarina.

Lydia rió con desgana.

—Es cierto, pero sólo en parte. Esos informes, principalmente, estuvieron dictados por motivos particulares.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó Dundre. Lydia enrojeció.

—Simplemente, que el autor de dichos informes los emitió por causas poco honestas y, aunque había un fondo de verdad, cosa que no negaré… si hubiese emitido los mismos informes de todos los que pensaban como yo, no quedarían arriba más de una docena de agentes. .

Dundre se quedó parado.

—Haremos que bajen todos y enviaremos otros —barbotó furioso.

—Lo dudo mucho —dijo Lydia —. Hasta ahora, a fin de de evitar perjuicios, no sólo a los que viven aquí, sino a ellos mismos, han callado; pero cuando se enteren de que les obligan a volver a la ciudad submarina, se negarán a obedecer la orden… ¿y a cuántos podrán raptar, sin que se extienda la noticia en la superficie? ¿Ya ha olvidado usted que hay lo menos cuarenta milesparcidos por toda la redondez de la Tierra, que han sabido amoldarse a la vida de la superficie y que por nada del mundo volverían a encerrarse en esta caverna?

Dundre se quedó parado. Törstenrió.

—Parece que han hecho mella en ti las palabras de esta linda muchacha, Dundre; y, créeme, son exactas —dijo.

—¡A pesar de todo…! —barbotó el hermano del profesor.

Horacio dio un paso hacia delante.

—Ustedes —intervino—tienen proyectando un plan de conquista, pero a largo plazo, ¿no es así?

Dundre asintió en silencio.

—Tiene que ser, puesto que su número es aún pequeño —continuó Horacio —. Pero ese plan se ha ido al diablo. Ya no podrán ponerlo jamás en práctica.

—¿Por qué? —preguntó Dundre en tono desconfiado.

—Antes hablaron de un par de siglos, por lo menos, para

convertirse en los amosde la Tierra. Imagino que no pasará un año sin que esta caverna haya sido evacuada… y cuanto antes empiecen a hacerla, mejor. Sencillamente, el techo puede hundirseen cualquier momento —concluyo Horacio de modo rotundo.

XIV

Dundre pareció sorprenderse por las palabras del joven.

—Es una absurda fábula. La solidez del techo de la caverna es algo fuera de toda duda.

—¿Sí, eh? Entonces, ¿por qué hay filtraciones? contestó Horacio con burla —. El espesor de la capa rocosa de la bóveda, en su parte más delgada, es de ochocientos cincuenta metros. Si encima sólo hubiese cien o doscientos metros de agua, no pasaría nada… pero ¡sobre ese techo pesan once kilómetros de océano! Y éste es un hecho que no se puede rebatir en absoluto.

Dundre se quedó parado. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia su hermano:

—¿Es cierto eso? —preguntó con voz débil.

—Tus científicos te lo confirmarán —respondió Törsten—. Puede que no se hunda el techo, pero las filtraciones irán en aumento y, tarde o temprano, la caverna acabará por anegarse. Aunque tardase diez años en suceder, vuestro plan de preeminencia no podría llevarse a cabo, por falta material de tiempo.

Dundre se pasó una mano por la frente.

—Estoy anonadado —confesó.

Horacio guiñó un ojo a Lucrecia. La joven sonrió, al mismo tiempo que se ponía colorada.

—Re… reuniré a mis consejeros y les explicaré la situación —siguió Dundre —. Tendremos que… tratar con el gobierno de la Tierra.

—Rogar, pedir, suplicar… que es muy distinto —dijo Horacio.

—¿No… nos aceptarán?

Horacio hizo un gesto de indiferencia.

—Bueno, no somos tan malos y hay sitio para unos cuantos millones más —contestó.

—Está bien —dijo Dundre —. Pueden ir libremente por donde

quieran. Convocaré a una reunión del Consejo y les haré saber la decisión.

—Sólo puede ser una —indicó Horacio —; y cuando la gente se entere de lo que va a pasar aquí abajo, exigirá el abandono total de la ciudad submarina.

Dundre tuvo un arranque de genio.

—Aquí, nadie exigió jamás nada a los que gobernamos —exclamó.

Horacio sonrió.

—Temo que deberá ir habituándose a desechar esas ideas autoritarias —contestó—. En la Tierra, los que gobiernan han sido elegidos libremente por su pueblo y procuran interpretar sus deseos y encauzarlos, pero nunca obstaculizarlos ni gobernar en contra de la voluntad popular. Cuando un gobernante actúa así, su desaparición de la escena política es fulminante... aparte de que usted, una vez arriba, será un ciudadano más y, le guste o no, tendrá que obedecer, en lugar de mandar.

Törstensoltó una risita.

—Así será, hermano —dijo —. Pero tú eres un buen científico y arriba, los hombres como tú, son muy apreciados. No lo pasarás tan mal como piensas, créeme.

Dundre vaciló.

—Bien, voy a reunir el consejo. Esperadme aquí —dijo al cabo.

Yse dirigió hacia la escalera. Horacio se acercó a la ventana.

Dundre salió a la explanada. Blay se le acercó y habló algo con él, gesticulando con cierta violencia.

Dundre contestó negativamente. Entonces, Blay levantó la mano y golpeó el rostro del hermano de Törsten, quien cayó al suelo en el acto.

Horaciolanzó una maldición. Lucrecia corrió a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Blay estaba arengando a los guardias. La distancia impedía oír lo que decían.

Unos segundos más tarde, Blay echó a correr, seguido de un puñado de fanáticos. Dos o tres se negaron a seguirle y se quedaron en la explanada, atendiendo a Dundre.

—Vengan conmigo —pidióHoracio.

Descendió las escaleras a saltos y salió afuera. Las dos

muchachas le siguieron en el acto.

—Lydia, pregúntele a uno de los guardias adónde ha ido ese bellaco —indicó Horacio.

La joven obedeció. Luego se volvió hacia Horacio.

—Han ido a la central —dijo, con el rostro gris—.Dicen que es preferible morir a que triunfen los traidores.

—Bueno, pues que se maten...

—¡Horacio! —gritó Lydia —. ¡Las compuertas se manejan desde la central!

—¡Demonios! —exclamó el joven.

Estaba rendido. Había recorrido casi un montón de kilómetros a pie, pero la noticia que Lydia acababa de darle hizo que se olvidase por completo del cansancio que sentía.

Echó a correr. En pocos momentos, salió de la ciudad.

El grupo de fanáticos se veía a lo lejos, dirigiéndose hacia la ciudad.

—Están locos, locos —murmuró el joven. Y reanudó su carrera.

Procuró caminar en sentido paralelo, sin ser visto.

De cuando en cuando, pese a su voluntad, veías e obligado a detenerse para tomar aliento.

Antes de diez minutos, divisó la central. Blay y los suyos entraban en aquel instante.

Corrió hacia la puerta y se situó a un lado. Blay hablaba ahora con los encargados del control.

Horacio vio que uno de los técnicos movía negativamente la cabeza. Loco de ira, Blay sacó su pistola y disparó contra él.

El hombre cayó fulminado. Los demás, llenos de pánico, se apartaron a un lado.

Horacio movió la cabeza.

—Nunca es agradable disparar por la espalda contra un semejante, pero en esta ocasión, los escrúpulos sobraban.

Apuntó con cuidado y apretó el gatillo.

El tiro falló. En aquel instante, uno de los guardias hizo un movimiento y se interpuso en la trayectoria de la descarga.

Sonó un pequeño grito. El guardia cayó.

Blay se volvió en el acto y divisó a Horacio. Un rugido de rabia se escapó de sus labios.

Levantó la mano armada y disparó. Horacio saltó hacia atrás,

eludiendo la descarga por centímetros.

Horacio se mordió los labios. Resultaba imposible atacar por la puerta.

Giró sobre sus talones y echó a correr de nuevo, buscando otra entrada al edificio. A poco, llegó a la pared posterior.

Había una ventana situada a tres metros. Horaciometió la pistola en el cinturón, tomó carrera y saltó, aferrándose al antepecho con ambas manos.

Flexionando los brazos, consiguió izarse y ponerse en pie sobre el alféizar. Luego rompió los vidrios a patadas.

Abrió la ventana y saltó al interior.

—Es una fortuna que las construcciones tengan aspecto terrestre —murmuró.

Yse dijo que ello obedecía, sin duda, a que los habitantes de la ciudad submarina debían de hallarse acostumbrados a los usos de la superficie cuando fueran enviados arriba.

Estaba en una habitación destinada a alojamiento de los técnicos. Corrió hacia la puerta y la abrió.

Abajo sonaban voces y gritos.

—Parece que no todos están de acuerdo —comentó para sí.

En silencio, cruzó un vasto corredor y se asomó a un antepecho, desde el cual dominaba por completo la sala de controles.

Blay se hallaba ante el panel. Sus acompañantes parecían ahora divididos, aunque ninguno se atrevía a oponerse a sus deseos.

Horacio le apuntó con la pistola y disparó. No ocurrió nada.

El joven miró la pistola, sumamente extrañado. ¿Por qué nofuncionaba el arma?

Uno de los guardias le vio de pronto y lanzó un grito. Blay levantó la cabeza.

Un alarido de rabia se escapó de sus labios. Movió la mano, señalando hacia el joven, y dos o tres fanáticos, pistola en mano, se lanzaron contra él.

Horacio disparó de nuevo. El primero de sus atacantes cayó.

Entonces comprendió los motivos del fallo. La pistola tenía un alcance muy corto.

Los otros dos, aterrorizados, dieron media vuelta y huyeron.

—¿Ésos eran los que estaban dispuestos a morir ahogados? —rió Horacio, dirigiéndose hacia la escalera.

Los ojos de Blay brillaban con el resplandor que les infundía su locura. Dejó de manipular en la consola y, agarrando su pistola, salió al encuentro del joven.

En aquel instante, uno de los técnicos saltó sobre Blay y le asestó un tremendo empellón, lanzándole por tierra. Blay cayó, lanzando un rugido de cólera.

La pistola se le había escapado. Volvió a recogerla y giró en redondo, apuntando hacia el hombre que le había atacado.

Horacio fue más rápido. Blay se estremeció de manera horrible al recibir la descarga. Luego se desplomó sin vida.

Los guardias alzaron sus manos. Horacio, infinitamente cansado, se sentó en uno de los escalones, mientras los técnicos corrían de nuevo hacia el panel de mandos, para corregir los estropicios que había causado la insensata actitud de un demente.

* **

El «Sullawar»cruzó la esclusa e inició el ascenso hacia la superficie.

Törstenhabía sido designado para tratar con el gobierno de la Tierra y procurar alojamiento a los habitantes de la ciudad submarina.

Lydia viajaba con ellos. La joven se sentía contentísima; iba a reunirse con su terrestre.

Los científicos de la ciudad submarina habían efectuado unos estudios geológicos de la bóveda.

Las filtraciones continuarían, incluso aumentarían. Posiblemente, la bóveda podría resistir, pero a la larga era inevitable que la caverna quedase anegada en su totalidad.

Horacio hablaba con Lucrecia.

—Bueno, no se puede negar que la aventura tuvo lo suyo de excitante… pero que no me hablen más de viajar en submarino —dijo, contemplando el océano a través de uno de los ventanales.

—Ahora no estarás arrepentido de haber venido con nosotros —dijo ella.

—No, desde luego… pero, insisto, no lo repetiría por nada del mundo. —Horacio sonrió con malicia—. De todas formas, he salido ganando.

—¿Qué has ganado? —preguntó ella con curiosidad.

—¿Ganar? ¿O va a resultar que, a última hora, he perdido?

Lucrecia se extrañó.

—Explícate de una vez. Si no has ganado, ¿qué has perdido?

Horacio la estrechó en sus brazos.

—Mi libertad de soltero —dijo.

—¡ Oh! —dijo ella, poniéndose roja como una guinda.

Lydia les dejó solos.

—¿Aceptas? —propuso él. Lucrecia sonrió.

—Sí, Chico.

Sonó una risita.

En el puesto de mando, Törstense volvió y dijo:

—Eso lo veía yo venir desde hace mucho tiempo.

—Bueno, entonces, le nombraremos padrino de boda —dijo Horacio alegremente—. Pero no miren ahora, por favor; voy a besar a esta linda chica.

Yasí lo hizo.

Luego miró a Lucrecia.

—Tengo que preguntarte una cosa. ¿Por qué te amenazaba Blay? ¿Qué secreto poseía, para forzarte a...?

—Ninguno, únicamente me amenazó con matarte. Horacio meneó la cabeza.

—Este mundo no es para los fanáticos —dijo en tono sentencioso —, sino para los que saben sentir amor, humanidad y comprensión hacia sus semejantes.

Volvió a mirar a la joven y sonrió.

—Sí —dijo —, he ganado, aunque haya perdido. ¿Comprendes, Lucrecia?

—Estoy en tus mismas condiciones —respondió ella con alegría en su voz.

FIN